

M A C B E T H

de
**WILLIAM
 SHAKESPEARE**

PERSONAJES

DUNCAN, *rey de Escocia*
 MALCOLM DONALBAIN,
sus hijos MACBETH
 BANQUO,
generales del ejército del rey
 MACDUFF
 LENNOX
 ROSS
 MENTETH
 ANGUS
 CATHNESS,
nobles de Escocia
 FLEANCE,
hijo de Banquo
 SEYWARD,
conde de Northumberland,
general de las fuerzas inglesas
 JOVEN SEYWARD,
su hijo SEYTON,
escudero de Macbeth
 HIJO de Macduff Un
 CAPITAN
 Un MÉDICO inglés
 Un MÉDICO escocés
 Un PORTERO
 Un VIEJO
 LADY MACBETH LADY
 MACDUFF DAMA de
 Lady Macbeth
 HÉCATE TRES
 BRUJAS OTRAS
 BRUJAS
 APARICIONES
 TRES ASESINOS
 OTROS ASESINOS
 NOBLES, CABALLEROS, OFICIALES, SOLDADOS, SIRVIENTES Y MENSAJEROS

ACTO I

Escena primera. *Truenos y relámpagos*

Entran tres brujas

BRUJA PRIMERA

¿Cuándo habremos de vernos, con el trueno, otra vez,
con el rayo o la lluvia, reunidas las tres?

BRUJA SEGUNDA

Cuando el caos acabe,
al fin de la batalla, bien se pierda o se gane.

BRUJA TERCERA

Antes que el sol se ponga.

BRUJA PRIMERA

¿Y el lugar?

BRUJA SEGUNDA

En el páramo.

BRUJA TERCERA

Y allí encontrarnos con Macbeth.

BRUJA PRIMERA

¡Graymalkin, ya voy!

BRUJA SEGUNDA

¡Paddock me llama!

BRUJA TERCERA

¡Aprisa!

TODAS

Lo bello es feo y feo lo que es bello;
la niebla, el aire impuro atravesemos.

Salen

Escena segunda. *Sonido de trompas dentro*

Entra el rey (Duncan), Malcolm, Donalbain, Lennox, con sirvientes; se encuentran con un capitán ensangrentado

DUNCAN

¿Quién es este hombre ensangrentado? Puede darnos,
a juzgar por su aspecto, las noticias
más actuales de la rebelión.

MALCOLM

Es el oficial

que honrado y valeroso, luchó para impedir
mi captura. ¡Salud, amigo mío!

Informa al rey de cuanto sepas del combate,
también de cómo lo dejaste.

CAPITÁN

Indeciso quedó;

tal dos exhaustos nadadores que uno a otro abrazados,
asfixiaron su arte. Al funesto Macdonwald

(y, con razón, rebelde, pues que crecen en él
todos los vicios de la Naturaleza

formando enjambre) de las islas de oeste

le proveen con hombres de a pie y de a caballo,

en tanto la Fortuna, a su causa maldita sonriendo,

semeja ser la coima del rebelde. Pero de nada sirve,

pues el bravo Macbeth (bien merece ese nombre)

despreciando al destino y blandiendo su espada,

aún con el humo de la acción sangrienta,

tal favorito del valor, se abre camino

hasta ver al esclavo frente a frente,

y sin mediar saludo o despedida

desde ombligo a quijada lo desgarró

y pone su cabeza en las almenas.

DUNCAN

¡Oh valeroso deudo! ¡Noble caballero!

CAPITÁN

Igual que del lugar de donde nace el sol,
nacen tormentas de naufragio y truenos espantosos,
así, del manantial de que el aliento pareció surgir,
el desaliento brota. ¡Órdme, rey de Escocia! ¡Escuchad!
Apenas la justicia, armada de valor, a estos raudos soldados
hubo obligado a confiar en sus propios talones,
viendo el Noruego su ventaja, con renovadas huestes
y con más hombres de refuerzo,
inició un nuevo asalto.

DUNCAN

¿Y a nuestros capitanes,
Banquo y Macbeth, no les asustaron?

CAPITAN

Sí;

como los gorriones a las águilas, o la liebre al león.

Diré, en honor a la verdad,

que eran como cañones doblemente cargados:

de tal manera ellos

redoblaron sus golpes contra el enemigo.

Si su deseo fue sumergirse en la sangre humeante,

o si rememorar un nuevo Gólgota

no podría decirlo...

Pero ya desfallezco, y mis heridas piden socorro a gritos.

DUNCAN

Tus palabras te honran, como tus heridas:

ambas saben a honor... Conseguid cirujanos para él.

Sale el capitán, acompañado

Entran Ross y Angus

¿Quién es el que se acerca?

MALCOLM

El noble Señor de Ross.

LENNOX

¡Qué ansia brilla en sus ojos!

Tal quien viniere a hablar de extrañas cosas.

ROSS

¡Dios salve al rey!

DUNCAN

¿Desde dónde venís, noble señor?

ROSS

De Fife, gran soberano,

de donde las banderas de Noruega el firmamento insultan

y arrojan sobre nuestro pueblo un viento gélido.

El mismo rey con sus terribles hordas,

con el apoyo del traidor más ruin,

ese Señor de Cawdor, inició la lucha

hasta que, en sólida armadura, el recién desposado con Bellona

lo enfrentó, cuerpo a cuerpo,

hierro contra hierro, brazo rebelde contra brazo,

doblegando su ímpetu; y, para concluir,

nuestra fue la victoria.

DUNCAN

¡Oh, dicha inmensa!

ROSS

Y ahora, Sweno, el rey de Noruega,
quiere capitular;
no hemos de permitirle sepultar a sus muertos
sin que pague en la isla de San Colm
diez mil monedas para nuestro uso.

DUNCAN

El Señor de Cawdor no ha de volver a traicionar
nuestros más apreciados intereses: que se proclame su inmediata muerte
y se salude con su título a Macbeth.

ROSS

Así se hará.

DUNCAN

Gane Macbeth lo que él ha perdido.

Salen

Escena tercera. Truenos

Entran las tres brujas

BRUJA PRIMERA

¿Donde estuviste, hermana?

BRUJA SEGUNDA

Haciendo morir puercos.

BRUJA TERCERA

¿Y donde, hermana, tu?

BRUJA PRIMERA

La mujer de un marinero se metió la bellota en su regazo,
y la roe y mastica y la roía: Dame, le digo.

Atras, bruja, me grita la roñosa de redondas nalgas.

Hacia Aleppo ha marchado su marido, como patrón del Tigre.

En un cedazo encima de una ola

hacia allá bogaré, rata sin cola.

Lo haré, lo haré, lo haré.

BRUJA SEGUNDA

Yo haré soplar un viento para ti

BRUJA PRIMERA

¡Que gentil!

BRUJA TERCERA

Y otro yo.

BRUJA PRIMERA

Los demás míos son,

los puertos en que soplan

y los puertos que tocan

en la carta marina.

Como el heno lo tengo que secar:

y ni noche ni día dormiré

debajo de la curva de sus párpados;

ha de vivir como los condenados,

nueve veces por nueve, siete noches insomne;

que se consuma lánguido y se agote.

Y no se pierda su velero,

pero lo azote el viento.

Mirad que cosa tengo.

BRUJA SEGUNDA

Enséñala.

BRUJA PRIMERA

Es el pulgar de un marinero

que ha naufragado a su regreso.

Tambores dentro

BRUJA TERCERA

¡Un tambor allí suena!

Es Macbeth que ya llega.

TODAS

Con las manos cogidas, hermanas hechiceras,
como heraldos del mar y de la tierra,
dando vueltas, girando,
tres por ti, tres por mí,
sean tres más, nueve, así.

¡Silencio, que ya acabó el conjuro!

Entran Macbeth y Banquo

MACBETH

Jamás he visto un día tan hermoso y cruel.

BANQUO

¿Cuánto queda hasta Forres?... Y éstas, ¿quiénes son
de aspecto tan extraño, y tan ajadas
que no parecen seres de la tierra
aunque habiten en ella? ¿Estáis vivas? ¿Sois seres
que nadie puede interrogar? Diría que me entendéis,
pues a un tiempo las tres ponéis el dedo cuarteado
sobre los labios secos: podríais ser mujeres;
vuestras barbas me impiden, sin embargo,
creer que lo sois.

MACBETH

Hablad, si es que podéis. ¿Quiénes sois?

BRUJA PRIMERA

¡Salve, Macbeth! ¡Señor de Glamis, salve!

BRUJA SEGUNDA

¡Salve, Macbeth! ¡Señor de Cawdor, salve!

BRUJA TERCERA

¡Salve, Macbeth! ¡Salve a ti, que serás rey!

BANQUO

Señor, di, ¿por qué te estremeces? ¿Por qué te asusta
lo que tan bello suena? En el nombre de la verdad, decidme,
¿sois espectros? ¿O sois exactamente
lo que aparentáis ser? Habéis saludado
a mi noble señor con su presente título,
predicción de nobleza y una esperanza tal de reino
que parece extasiado. ¿No decís nada para mí?
Si podéis penetrar la semilla del tiempo,
decir qué grano crece y cuáles no,
habladme a mí, que nada imploro, ni me asustan
vuestro favor o vuestro odio.

BRUJA PRIMERA

¡Salve!

BRUJA SEGUNDA

¡Salve!

BRUJA TERCERA

¡Salve!

BRUJA PRIMERA

Tú, menos grande que Macbeth, aunque más grande.

BRUJA SEGUNDA

Menos dichoso, pero más dichoso.

BRUJA TERCERA

Padre de reyes, aunque no seas rey.

¡Salve, Macbeth y Banquo!

BRUJA PRIMERA

¡Salve, Banquo y Macbeth!

MACBETH

Quedaos, imperfectos oráculos, y decidme más.

Con la muerte de Sinell, ya soy Señor de Glamis, y lo sé;
pero, ¿por qué de Cawdor, cuando está vivo aún
y en la prosperidad? Y el llegar a ser rey
está tan lejos de lo imaginable
como lo está ser Cawdor. Decid, ¿de qué lugar
sacasteis tales nuevas? ¿Y por qué detenéis
en este desolado páramo nuestro camino
con tales profecías? ¡Habladme, yo os lo ordeno!
Las brujas desaparecen

BANQUO

La tierra, como el agua, tiene a veces burbujas
y éstas lo son. ¿Por dónde se desvanecieron?

MACBETH

Por el aire; y lo que corpóreo parecía
disuelto está, como en el viento la respiración. ¡Si se hubieran quedado...!

BANQUO

Las cosas de que hablamos, ¿estuvieron aquí
o hemos comido las malignas raíces
que vuelven prisionera la razón?

MACBETH

Tus hijos serán reyes.

BANQUO

Y tú rey.

MACBETH

También señor de Cawdor. ¿No fue lo que dijeron?

BANQUO

Ese fue justamente el tono y las palabras. ¿Quién se acerca?

Entran Ross y Angus

ROSS

Macbeth, el rey con gozo ha recibido
las nuevas de tu triunfo; al conocer
tu personal hazaña frente a los rebeldes
se debate entre asombro y alabanza
sin poder decidirse; y, enmudecido así,
al contemplar el resto de los hechos de este día,
frente a las filas del Noruego os halla,
impávido ante aquello que vos mismo creasteis:
imagenes extrañas de la muerte. Tal granizo
los correos llegaban, uno tras otro, y todos portadores
de elogios a vuestra gran defensa de su reino,
que colocaban a sus pies.

ANGUS

Hemos sido enviados
para daros las gracias en nombre del rey,
sólo para conducirlos ante él,
no para recompensaros.

ROSS

Como prenda de honores más altos me encargó
llamaros, de su parte, a vos, Señor de Cawdor;
¡salve!, os digo, noble señor, con este nuevo título
que os pertenece ya.

BANQUO

¡Cómo! ¿Puede decir el diablo la verdad?

MACBETH

Vive el Señor de Cawdor, ¿por qué, pues, me vestís
con ropas de prestado?

ANGUS

Aún vive quien lo era,

aunque sentencia grave pesa sobre una vida que merece perder. Si había conspirado con el Noruego, o si secreta ayuda prestó al rebelde, o si con ambas cosas contribuyó al naufragio de su patria, no lo sé. Mas por alta traición, probada y confesada, ha causado su ruina.

MACBETH

Aparte

Señor de Glamis, y de Cawdor.

Lo más grande está aún por llegar... Gracias por vuestra diligencia...

¿No esperas que tus hijos sean reyes?

Quienes me dieron título de Cawdor

no prometieron menos para ellos.

BANQUO

Eso, creído a ciegas,

podría hacer que ardiese tu deseo de obtener la corona y no tan solo el título de Cawdor.

Es extraño, no obstante:

a veces, para llevarnos seducidos a la perdición,

los instrumentos de lo oscuro dicen la verdad,

nos cautivan con juegos inocentes para traicionarnos de una manera irreparable...

Amigos, os lo ruego, una palabra.

MACBETH

Aparte

Dijeron dos verdades

como inicio feliz del acto culminante de este tema imperial... Gracias, caballeros...

Quizá esta sobrenatural instigación no sea mala, puede que no sea buena; si es mala, sin embargo,

¿por qué da muestras de triunfo teniendo por inicio una verdad? Ya soy Señor de Cawdor...

Si es buena, ¿por qué cedo ante una tentación cuya imagen horrible eriza mis cabellos

y hace latir mi firme corazón en los costados contra lo que es costumbre en la naturaleza? Siempre es menos el horror presente que el imaginario.

Mi pensamiento, donde el crimen es sólo fantasía, agita de tal forma mi condición de hombre

que ahoga en conjeturas toda forma de acción, y nada existe más real que la nada.

BANQUO

Mirad, cómo se abstrae nuestro amigo.

MACBETH

Aparte

Si el azar quiere que sea rey, también el azar podría coronarme sin que yo se lo pida.

BANQUO

Las nuevas distinciones caen sobre él como un vestido extraño que tan sólo se adapta después de haberse usado.

MACBETH

Aparte

Ocurra lo que ocurra,

hora y tiempo atraviesan el más áspero día.

BANQUO

Noble Macbeth, estamos a tus órdenes.

MACBETH

Perdonadme, cosas que ya olvidé
se agolparon en mi aturdida mente. Caballeros,
vuestro favor registro en unas hojas
que leo cada día. Vayamos hacia el rey.

A Banquo

Piensa en todo lo que ha sucedido, que más tarde,
cuando madure el tiempo, dejaremos
que nuestros corazones hablen con franqueza.

BANQUO

Así lo haré.

MACBETH

Hasta entonces, silencio... En marcha, amigos.

Salen

Escena cuarta. *Sonido de trompas*

Entran el rey Duncan, Lennox, Malcolm, Donalbain y sirvientes

DUNCAN

¿Cawdor ha sido ejecutado?

¿O es que no han vuelto aún los enviados para tal misión ?

MALCOLM

No, mi señor;

no han vuelto todavía. Pero hablé
con alguien que le vio morir y me ha informado
que abiertamente confesó su culpa,
y que imploró el perdón de Vuestra Majestad, con muestras
de hondo arrepentimiento. Nada fue tan honroso en su existencia
como la forma de dejarla. Fue a morir
como quien ha ensayado ya su muerte
y se desprende de lo que estima más,
como si de algo fútil se tratara.

DUNCAN

No hay un arte
que descubra en un rostro la construcción del alma.

Fue un caballero en quien depositamos
nuestra más absoluta confianza.

Entran Macbeth, Banquo, Ross y Angus

¡Noble amigo!

Pecar de ingratitud ya comenzaba a ser
una carga pesada. Me aventajas en tanto
que las alas veloces de la recompensa
tardan en alcanzarte. Fueran menos tus méritos,
y la medida de otorgar favor y gratitud
habría estado de mi parte. Solo puedo decir
que debo más de lo que nunca te podré pagar.

MACBETH

Toda la ayuda y lealtad que os debo
están pagadas con su cumplimiento. A Vuestra Majestad
corresponde aceptar nuestros servicios,
que son a vuestro trono y vuestro Estado como siervos,
hijos que sólo hacen lo que deben, al hacerlo todo
por vuestro amor y honor.

DUNCAN

Sé bienvenido.

He comenzado por plantarte. Ahora me ocuparé
de que crezcas frondoso... Noble Banquo,
que no mereces menos ni habrá de ser menor mi reconocimiento
de lo que hiciste, deja que te abrace

y que te apriete contra mi corazón.

BANQUO

Si crezco en él,
que vuestra sea la cosecha.

DUNCAN

Mi alegría,
ebria de plenitud, busca esconderse
en lágrimas de pena... Hijos, parientes, caballeros,
vosotros que sois para Nos más próximos, sabed
que damos sucesión de nuestro Estado
a Malcolm, nuestro primogénito, a quien nombramos desde hoy
Príncipe de Cumberland: honor con el que no debemos investirlo
sin que otros lo acompañen, puesto que como estrellas
brillarán los signos de la nobleza
sobre quien ha sabido merecerlos... Y ahora, a Inverness,
para estrechar los lazos aún más.

MACBETH

Es fatiga el reposo que no se emplea en vos;
dejad que sea heraldo y llene de placer
los oídos de mi esposa con el anuncio de vuestra llegada;
os pido venia para la partida.

DUNCAN

¡Noble Cawdor!

MACBETH

¡Príncipe de Cumberland! Un obstáculo nuevo
para que yo me hunda, a menos que lo evite,
pues se atraviesa en mi camino. ¡Estrellas, ocultad vuestro fuego!
Que la luz no haga ver mis oscuros deseos escondidos.
Que no vean los ojos lo que las manos hacen. Que se cumpla
lo que los ojos temen ver si llega a ejecutarse.

Sale

DUNCAN

Es verdad, noble Banquo, lleno está de valor;
sus elogios me sirven de alimento,
son para mi un festín. Sigámoslo
puesto que, solícito, se adelanta para ofrecernos una bienvenida.
Entre nuestros parientes no existe quien le iguale.

Sonido de trompas

Salen

Escena quinta. *Entra Lady Macbeth, leyendo una carta*

LADY MACBETH

Salieron a mi encuentro el día de mi triunfo,
y por el más fidedigno de los testimonios he sabido
que hay algo en ellas que sobrepasa lo que el hombre sabe.
Cuando ardía en deseos de preguntarles más,
se transformaron en aire y se desvanecieron.
Aún preso por el estupor, llegaron mensajeros del rey
proclamandome Señor de Cawdor,
título con el que las hechiceras me saludaron antes,
remitiéndome a tiempos venideros al decir, ¡Salve a ti, que serás rey!.
He creído conveniente hacértelo saber
(a ti, querida companera de mi grandeza)
para que no pierdas la felicidad que te es debida,
al ignorar la gloria que se te promete.
Guarda esto en lo más hondo de tu corazón, y adiós.
Ya eres Glamis, y Cawdor; y serás
lo que te han prometido. Pero yo temo a tu naturaleza

demasiado repleta por la leche de la bondad humana
como para tomar el camino más breve. Tú quisieras ser grande,
no te falta ambición, aunque sí el odio
que debe acompañarla. Quisieras obtener con la virtud todo
lo que deseas vehementemente; no quieres jugar sucio, aunque sí
triunfar con el engaño. Mi gran Señor de Glamis, te gustaría
poseer algo que te gritase: Debes hacerlo así
y, al tiempo, te causara más el temor de hacerlo
que los deseos de no hacerlo. Ven pronto, ven, para que pueda
vaciar mi coraje en tus oídos,
y azotar con el brío de mi lengua
todo lo que te aparta del círculo de oro
con que hados y ayudas sobrenaturales
querer, parecen, coronarte.

Entra un Mensajero

¿Qué noticias traes?

MENSAJERO

El rey viene esta noche.

LADY MACBETH

¿De qué locura habláis?

¿No está a su lado tu señor? Si fuese cierto
él me habría informado para que hiciese los preparativos.

MENSAJERO

Ciertamente, así es: mi señor ya se acerca;
hubo de adelantarse un compañero
y, faltándole aliento, apenas tuvo el suficiente
con que decirnos su mensaje.

LADY MACBETH

Ocúpate de él,
pues trae grandes noticias.

Sale el Mensajero

Está ronco el cuervo
que anuncia con graznidos la fatal llegada de Duncan
a mi castillo. ¡Espíritus, venid! ¡Venid a mí,
puesto que presidís los pensamientos de una muerte!
Arrancadme mi sexo y llenadme del todo, de pies a la cabeza,
con la más espantosa crueldad! ¡Que se adense mi sangre
que se bloqueen todas las puertas al remordimiento!
¡Que no vengan a mí contritos sentimientos naturales
a perturbar mi propósito cruel, o a poner tregua
a su realización! ¡Venid hasta mis pechos de mujer y
transformad mi leche en hiel, espíritus de muerte
que por doquier estáis -esencias invisibles- al acecho
de que Naturaleza se destruya! ¡Ven, noche espesa, ven
y ponte el humo lóbrego de los infiernos
para que mi ávido cuchillo no vea sus heridas,
ni por el manto de tinieblas pueda el cielo asomarse
gritando, ¡basta, basta!.

Entra Macbeth

¡Gran Cawdor! ¡Noble Glamis!
Más grande que los dos, por el profético saludo de lo por venir!
Tus cartas me han llevado más allá
de este oscuro presente, y siento ya el futuro
de ahora mismo.

MACBETH

Amada mía, Duncan viene esta noche.

LADY MACBETH

¿Y cuándo partirá?

MACBETH

Mañana, así lo ha decidido.

LADY MACBETH

¡Nunca habrá de ver el sol ese mañana!

Tu rostro, mi señor, es como un libro donde el hombre puede leer extrañas cosas. Para engañar al mundo, toma del mundo la apariencia; pon una bienvenida en tu mirada y en tus manos y lengua; procúrate el inocente aspecto de la flor pero sé tú la víbora que oculta. Habremos de atender al que ha de venir y tendrás que dejar que sea yo quien se ocupe esta noche de nuestro gran proyecto que dará a nuestros días venideros y a todas nuestras noches absoluto dominio soberano, y el poder.

MACBETH

Hemos de hablarlo más.

LADY MACBETH

Mantén en tus ojos la serenidad que es de temer el que se mude el gesto.

Y deja lo demás a mi cuidado.

Salen

Escena sexta. *Oboes y antorchas*

Entran el Rey DUNCAN, Malcolm, Donalbain, Banquo, Lennox, Macduff, Ross, Angus y sirvientes

DUNCAN

Hermosa situación la del castillo; el aire se presenta suave y con dulzura ante nuestros sentidos delicados.

BANQUO

Huésped del estío,
el vencejo, morador de los templos, testimonia con su amor a este lugar el aroma excitante que el cielo exhala aquí: no hay cornisa ni adorno, bóveda o favorable rincón en que este pájaro haya dejado de colgar su lecho, ni su nido fecundo; allí donde más crían y residen-lo he observado- es delicado el aire.

Entra Lady Macbeth

DUNCAN

¡Ved; nuestra honorable anfitriona llega!

El amor que nos persigue es una carga a veces, aunque, puesto que amor, lo agradecemos. De este modo os enseño a que roguéis a Dios nos pague por vuestro cuidado, agradeciéndonos así vuestros esfuerzos.

LADY MACBETH

Todos nuestros servicios aunque dos veces se prestaran, para doblarse luego, serían cosa pobre y simple, si es que debieran competir contra el profundo y gran honor con el que Vuestra Majestad nos honra en esta casa. Por el del pasado y por la dignidad presente que añadís, por vos oramos como servidores.

DUNCAN

¿Y el Señor de Cawdor?

Le seguimos de cerca y era nuestra intención servirle como heraldo; pero cabalga bien y el gran amor, agudo como espuela, le hizo llegar a casa delante de nosotros. Bella y noble señora,

seremos esta noche vuestro huésped.

LADY MACBETH

Quien a vos sirve

considera a los suyos, a sí mismo y a sus pertenencias
como una cuenta que hay que pagar a la Majestad
para restituirlos lo que es vuestro.

DUNCAN

Dadme vuestra mano;

conducidme junto a mi anfitrión. Lo estimamos en mucho
y seguiremos dispensando honor a su persona. Permitidme, señora.

Salen

Escena séptima. *Oboes y antorchas*

Cruzan la escena un mayordomo y varios sirvientes llevando platos y servicio de mesa. Entra, a continuación, Macbeth

MACBETH

Si todo terminara una vez hecho, sería conveniente
acabar pronto; si pudiera el crimen
frenar sus consecuencias y al desaparecer
asegurar el éxito, de modo que este golpe
a un tiempo fuese todo y fin de todo... aquí,
sólo aquí, sobre esta orilla y páramo del Tiempo
se arriesgaría la vida por venir. En estos casos
es aquí, sin embargo, donde se nos juzga, porque damos
instrucciones sangrientas que, aprendidas,
son un tormento para quien las da. La imparcial mano
de la justicia pone el cáliz, envenenado por nosotros,
en nuestros propios labios. Se encuentra aquí con doble confianza:
primero, soy su deudo a más de súbdito,
dos buenas razones para no actuar; después, como anfitrión,
tendría que cerrar las puertas a los asesinos,
no ser yo quien blandiera el cuchillo. Además, este Duncan
ha sido tan humilde en el poder, y tan ecuánime
al gobernar, que sus virtudes clamarían
—tal ángeles con voces de trompetas— contra el acto
deleznable de hacerlo desaparecer;
y la piedad, como un recién nacido
que desnudo galopa en la tormenta, o querubín del cielo
montado por el aire en sus corceles invisibles,
expondrá este acto horrible a los ojos del mundo
y sofocarán las lágrimas el vendaval. La espuela,
que se clava en los flancos de mi deseo, es
la de ambición que brinca y al sobrepasarse,
ya demasiado lejos, se derrumba.

Entra Lady Macbeth

Y bien, ¿hay algo nuevo?

LADY MACBETH

Ya casi ha terminado de cenar.

¿Por qué te fuiste del banquete?

MACBETH

¿Preguntó por mí, acaso?

LADY MACBETH

¿No sabías que sí?

MACBETH

No es posible seguir con esta empresa.

Me ha colmado de honores y he adquirido
reputación dorada entre gentes diversas
que quisiera lucir en su esplendor más fresco
sin desecharla tan temprano.

LADY MACBETH

¿Estaba ebria la esperanza
que te vestía? ¿O duerme desde entonces?
¿O se despierta ahora, verde y pálida,
frente a lo que miró tan arrogante? Desde hoy
ésta será la cuenta que haga de tu amor. ¿Te asusta
el que tus actos y tu valentía lleguen a ser quizás
igual que tu deseo? ¿Quieres, acaso, poseer
lo que ornamento crees de la vida
y vivir ante ti como un cobarde,
dejando que a "quisiera" suceda "no me atrevo"
como hace el pobre gato del refrán?

MACBETH

Basta, te lo suplico.
Tengo el valor que cualquier hombre tiene,
y no es un hombre quien se atreve a más.

LADY MACBETH

¿Cuál fue la bestia
que te hizo proponerme empresa como ésta?
Eras un hombre cuando te atrevías
y serías más hombre, mucho más,
si fueses aún más de lo que eras. Ni tiempo ni lugar
eran propicios, sin embargo tú querías crearlos.
Y ahora que se presentan ellos mismos, su oportunidad
abatido te deja. Mi leche yo la he dado y sé cuán tierno
es amar al ser que se amamanta;
pues bien, en ese instante en que te mira sonriendo,
habría arrancado mi pezón de sus blandas encías
y machacado su cabeza si lo hubiese jurado
como juraste tú.

MACBETH

¿Y si fallase?

LADY MACBETH

¿Quién? ¿Nosotros?
Tensa hasta donde puedas las cuerdas de tu valor
y no fallaremos. Cuando Duncan duerma
(puesto que el fatigoso viaje que hizo hoy sin duda ha de invitarle
a un sueño muy profundo) a sus dos camareros
he de vencer con vino y ambrosías, de tal forma
que la guardiana del cerebro, la memoria,
humo será; y puro alambique
lo que es asilo de razón. Cuando en sueño animal,
como en la muerte, se hundan sus naturalezas
¿qué no ejecutaremos, contra Duncan
indefenso, tú y yo? ¿Qué no pondremos en la cuenta
de oficiales tan ebrios para que los culpen
de nuestro asesinato?

MACBETH

Sean sólo varones lo que traigas al mundo
porque tu metal duro debería servir para la forja
solamente de machos. ¿Cómo no crearán
si marcamos con sangre a los que duermen
junto a él, en su cámara, y usamos sus puñales,
que ellos lo hicieron?

LADY MACBETH

¿Y quién se atreverá a pensar de otra manera
si hacemos que nuestro clamor y nuestro llanto
rujan sobre su muerte?

MACBETH

Está ya decidido.

Concentraré toda la fuerza de mi cuerpo en este horrible acto.

Adelante, y engañemos a todos fingiendo la inocencia:

que esconda el rostro hipócrita lo que conoce el falso corazón.

Salen

ACTO II

Escena primera. *Entran Banquo y Fleance con una antorcha*

BANQUO

¿Cómo va la noche, hijo?

FLEANCE

Está oculta la luna; no he oído el reloj.

BANQUO

Se oculta a medianoche.

FLEANCE

Creo que es más tarde, mi señor.

BANQUO

Ten, toma mi espada. El cielo economiza:

ha apagado sus velas. Toma esto también.

Me pesa el sueño como si fuese plomo,

mas no quiero dormir. ¡Tú, piadoso poder,

frena en mí los malditos pensamientos que la Naturaleza

nos trae al reposar!

Entran Macbeth y un sirviente con una antorcha

Dame mi espada.

¿Quién va?

MACBETH

Un amigo.

BANQUO

¿Aún levantado, mi señor? El rey ya duerme.

Ha estado más alegre de lo habitual

y dió regalos generosos a vuestros servidores.

Con este diamante envía su saludo a vuestra esposa,

como la más gentil de sus anfitrionas, para retirarse

después lleno de gozo.

MACBETH

Al no estar preparados,

nuestro deseo se convirtió en esclavo de la improvisación;

no siendo así, habría procedido con mayor largueza.

BANQUO

Todo va bien.

Anoche aparecieron en mi sueño las tres brujas.

Estuvieron certeras con respecto a ti.

MACBETH

No pienso en ellas.

Mas, si es posible hallar el momento propicio,

tendríamos que hablar más de este asunto,

si es tu deseo.

BANQUO

Estoy a tu disposición.

MACBETH

Si mis planes aceptas, cuando llegue el momento

tendrás honores.

BANQUO

Mientras no los pierda

al tratar de aumentarlos, y pueda conservar

aún libre mi conciencia e íntegra mi lealtad,

aceptaré consejos.

MACBETH

Buen reposo, entretanto.

BANQUO

Te lo agradezco, mi señor. Lo mismo te deseo.

Salen Banquo y Fleance

MACBETH

Ve y dile a tu señora que cuando esté dispuesta mi bebida

haga que suene la campana. Puedes irte a dormir.

Sale el sirviente

¿Es una daga eso que contemplo ante mí,
con la empuñadura cerca de mi mano? ¡Ven, que pueda cogerte!

Yo no te tengo y, sin embargo, siempre te veo ahí.

Visión fatal, ¿no eres sensible

al tacto y la mirada? ¿O eres, quizá, tan sólo

un puñal en mi mente, imagen falsa

que surge en mi cerebro al que la fiebre oprime? Puedo verte de forma tan palpable
como el que empuño ahora.

Me indicaste el camino por el que ya avanzaba
y el arma misma que debía usar.

Mis ojos son la burla de mis otros sentidos,
o quizá a todos ellos superen en valor... Todavía te veo;
también las gotas, en el filo y en la empuñadura, de una sangre
que antes no estaba. No, no eres real.

Es mi sangrienta empresa que así crece
ante mis ojos... Sobre medio mundo, ahora, se diría,
Naturaleza ha muerto, y los sueños corruptos
al sueño oculto en su dosel engañan. El hechizo celebra
los ritos de la apagada Hécate; y el escuálido Crimen
avisado por su centinela, el lobo,
cuyo aullido es la alarma, sigilosamente
con zancadas lascivas de Tarquino,
a su designio avanza como espectro. Tierra, segura y firme,
no escuches mis pisadas, vayan donde vayan,
no sea que tus mismas piedras descubran dónde voy
arrebataando al Tiempo el horror de este instante
que tan bien le acomoda... Mientras le amenazo, vive todavía;
las palabras congelan con su hálito el calor de los actos.

Suena una campana

Es un hecho, ¡ya voy!: la campana me invita.

No la escuches tú, Duncan, pues que su tañido
al cielo te reclama, o al infierno.

Sale

Escena segunda. *Entra Lady Macbeth*

LADY MACBETH

Con lo que a mí me da valor, ellos se embriagan;
a ellos apaga lo que a mí me enciende... ¡Silencio!
Era el búho que ulula, el fatal centinela
que da las más crueles "buenas noches". En ello se entretiene.
Abierta está la puerta; saturados, los guardias
se burlan de su oficio con ronquidos. Puse droga en sus vasos
de tal modo que Vida y Muerte luchan
por decidir si mueren o no mueren.

Macbeth, desde dentro

MACBETH

¿Quién está ahí? ¿Qué ocurre?

LADY MACBETH

¿Y si despertaran
y no estuviera hecho? El intento y no el acto
es nuestra perdición. ¡Silencio! Dejé dispuestos los puñales;
que no los vea es imposible. Si no me hubiese recordado
a mi padre dormido, yo misma lo habría hecho.

Entra Macbeth

Esposo, ¿estás ahí?

MACBETH

Lo he hecho. ¿No has escuchado nada?

LADY MACBETH

El lamento de un búho y el llanto de los grillos.

¿No hablaste?

MACBETH

¿Cuándo?

LADY MACBETH

Ahora.

MACBETH

¿Mientras descendía?

LADY MACBETH

Sí.

MACBETH

¡Escucha!

¿Quién duerme en la otra alcoba?

LADY MACBETH

Donalbain.

MACBETH

¡Qué triste esta visión!

LADY MACBETH

Ahora es necio decir qué triste esta visión.

MACBETH

Uno reía, en sueños, y otro gritó: "¡Asesino!";
se despertaron uno a otro. Me quedé inmóvil y escuché,
pero sólo rezaron y se dispusieron
a dormir otra vez.

LADY MACBETH

Sí, los dos duermen juntos.

MACBETH

Uno gritó "Dios nos bendiga: Amén", el otro
al contemplar mis manos de verdugo.

Porque escuché su miedo no contesté yo, Amén,
cuando exclamaron Que Dios nos bendiga.

LADY MACBETH

No pienses tanto en ello.

MACBETH

¿Por qué no pude pronunciar Amén?

Necesitaba más que nunca que me bendijeran, y el Amén
se quedó en mi garganta.

LADY MACBETH

No podemos seguir
tratando así este asunto o enloqueceremos.

MACBETH

Creí escuchar una voz que gritaba ¡No volváis a dormir,
que Macbeth mata el sueño! , el inocente sueño,
el sueño que teje sin cesar la maraña de las preocupaciones,
la muerte del ir viviendo cotidiano, baño de la fatiga,
bálsamo de las heridas de la mente, plato fuerte en la mesa de la Naturaleza,
principal alimento del festín de la vida.

LADY MACBETH

Y eso, ¿qué significa?

MACBETH

Seguí escuchando el grito No volváis a dormir por todas partes,
Glamis asesinó el sueño y por lo tanto Cawdor
nunca más dormiré, Macbeth no dormiré.

LADY MACBETH

¿Quién era el que gritaba así? Señor, no debilites
tu noble fuerza con el pensamiento
puesto en las cosas con tan poco juicio. Ve, coge agua
para lavarte de las manos ese testigo repugnante.
¿Por qué has traído los puñales hasta aquí?
Es allí donde deben estar. Ve, devuélvelos; mancha
con sangre a los dormidos centinelas.

MACBETH

No; no iré jamás.

Me da pavor pensar en lo que he hecho
y no tengo coraje para verlo de nuevo.

LADY MACBETH

¡Qué voluntad tan débil!
¡Dame a mí los puñales! Los que duermen, los muertos
son imágenes sólo. Y nadie sino un niño
teme ver el diablo dibujado. Si es que sangra
pondré color sobre los rostros de los dos guardianes
pues debe parecer que es culpa suya.

Sale

Lllaman dentro

MACBETH

¿Desde dónde llaman ?
¿Como es que el más leve ruido me horroriza?
¿De quién son estas manos que me arrancan los ojos?
¿Podrá lavar la sangre todo el gran océano de Neptuno?
¿Limpiarla de mi mano? No, nunca; antes mi mano
teñiría de rojo todos los mares infinitos
cubriendo el verde de escarlata.

Entra LADY MACBETH

LADY LADY MACBETH

Mis manos tienen ya el color de las tuyas, y me avergonzaría
llevar tan blanco el corazón.

Lllaman

Oigo llamar
por la puerta del Sur. Vamos a nuestra alcoba.
Un poco de agua purificará este acto.
¿Ves qué fácil ha sido? Tu constancia
te ha abandonado.

Lllaman

¡Escucha! Lllaman otra vez.
Ponte la ropa de dormir, no sea que descubran
que hemos estado en vela. Cuida que no te pierdan
tus pobres pensamientos.

MACBETH

¡Saber qué es lo que he hecho!

Lllaman

¡Mejor no conocerme ni a mí mismo!
¡Despierta tú a Duncan con tus golpes! ¡Ah, si tú pudieras!
Salen

Escena tercera. *Entra un portero*

Lllaman dentro

PORTERO

Esto sí que es llamar. ¡Otra vez a gastar la llave! Ni el portero del Infierno la habrá hecho girar tanto.

Llaman

¡Toc, toc, toc! ¿Quién es? En el nombre de Belcebú, ¿quién es? Será un granjero ahorcado en espera de que viniese la abundancia. ¡Llegáis a tiempo! ¡Ojalá llevéis pañuelos suficientes! Aquí la vais a sudar.

Llaman

¡Toc, toc! En el nombre del otro diablo, ¿quién va? A fe mía, que será un enredante, muy capaz de apostar en contra y a favor de los dos platos de la balanza a un tiempo, y en el nombre de Dios hacer traición, pero que no puede engañar al cielo. Entra, pasa, enredante.

Llaman

¡Toc, toc, toc! ¿Quién va? A fe mía, que será un sastre inglés que aquí viene por pasarse al cortar la calza a un francés. Venga, sastre, adelante, que aquí podrás tú asar el ganso.

Llaman

¡Toc, toc! ¡Callaos de una vez! ¿Qué sois?... Cierro que es sitio éste demasiado frío para infierno. No quiero ser el portero del diablo. Pensé en dejar entrar a gente de toda clase y profesión que van al fuego eterno por camino de rosas.

Llaman

¡Ya voy! ¡Que ya voy!...

Abre la cancela

Os lo ruego: recordad al portero.

Entran Macduff y Lennox

MACDUFF

¿Hasta tan tarde estuvo tu persona en pie que, siendo ya tan tarde, no puedes levantarla?

PORTERO

Pues a decir verdad, estuvimos empujándola hasta el segundo toque de mi gallo; y la bebida, mi señor, provoca estas tres cosas.

MACDUFF

¿Qué tres cosas en particular provoca la bebida?

PORTERO

¡Demonio, mi señor! La nariz roja, y la orina y el sueño. Provoca y no provoca la lujuria: provoca los deseos, pero hace flojear la representación. Así pues, ya se sabe, empujarla en exceso es engañar a la lujuria: que la anima y la corta; la excita y al tiempo la desinfla; la persuade y la deja; la sube y no la sube; en conclusión, en sueños la equivoca y la deja después desengañada.

MACDUFF

A ti te la engañó esta noche la bebida.

PORTERO

En efecto, señor, por la garganta. Pero le hice pagar su falsedad; y, siendo como soy, mucho más fuerte que ella, aunque se me aferrase a mis piernas, aún pude echarla al suelo de una zancadilla.

Entra Macbeth

MACDUFF

¿Tu amo está levantado?

Le han despertado nuestros golpes; aquí viene.

LENNOX

Buenos días, señor.

MACBETH

Buenos días a ambos.

MACDUFF

¿Está el rey levantado, noble Cawdor?

MACBETH

Aún no.

MACDUFF

Me ordenó despertarle muy temprano, y casi pasa de la hora.

MACBETH

Te llevaré ante él.

MACDUFF

Yo sé que este trabajo os gratifica,
aunque trabajo al fin.

MACBETH

El trabajo que agrada nos cura del dolor.
Ésa es la puerta.

MACDUFF

Me tomaré la libertad de entrar
puesto que así ordenaron que lo hiciera.

Sale Macduff

LENNOX

¿El rey partirá hoy?

MACBETH

Así lo ha decidido.

LENNOX

La noche fue agitada. Allí donde dormimos
el viento ha derribado chimeneas, y según se comenta
se escucharon lamentos en el aire, gritos de muerte extraños
y voces que anunciaban con acento terrible
grandes revueltas y sucesos confusos,
que acontecerán en este tiempo de miseria. El ave tenebrosa
clamó toda la noche. Se dice que la tierra
tuvo fiebre y tembló.

MACBETH

Áspera fue la noche.

LENNOX

Mi aún joven memoria no acierta a recordar
ninguna parecida .

Entra Macduff

MACDUFF

¡Horror, horror, horror!

¡Ni corazón ni lengua pueden nombrarlo o concebirlo!

MACBETH y LENNOX

¿Qué sucede?

MACDUFF

¡La destrucción ya completó su obra maestra!

El más sacrílego asesino ha violentado
el sagrado templo del Señor y ha robado
la vida de su santuario.

MACBETH

¿Qué decís? ¿La vida?

LENNOX

¿Queréis decir la de Su Majestad?

MACDUFF

Acercaos a la alcoba y que vuestra mirada se destruya
ante esta nueva Górgona. No me digáis que os hable.
¡Mirad y que hable vuestra lengua! ¡Despertad! ¡Alerta!

Salen Macbeth y Lennox

¡Tocad la alarma! ¡Traición! ¡Asesinato!

¡Banquo! ¡Donalbain! ¡Malcolm! ¡Despertad!

¡Sacudíos ese blando sueño, parodia de la muerte,
y contemplad la muerte como es! ¡Arriba, arriba,
y mirad la imagen del Juicio Final! ¡Malcolm, Banquo,
salid como de vuestras tumbas y avanzad tal espíritus
para enfrentaros a este horror! ¡Tocad la alarma!

Suena una campana

Entra Lady Macbeth

LADY MACBETH

¿Qué es lo que ocurre aquí,
que con tan estremecedores toques de trompeta se convoca
a los que duermen en la casa? ¡Hablad! ¡Hablad!

MACDUFF

Oh, mi señora,
no es bueno que escuchéis lo que puedo decir.
Repetirlo en oídos de una dama
sería verter en ellos la muerte.

Entra Banquo

¡Oh, Banquo, Banquo!
Nuestro regio señor ha sido asesinado.

LADY MACBETH

¡Dios! ¡Oh, Dios!
¿En nuestra propia casa ?

BANQUO

¡Maldita crueldad, de donde venga!
Noble Duff, te lo ruego, desdícete,
y dime que no es cierto.

Entran Macbeth, Lennox y Ross

MACBETH

Si yo hubiera muerto una hora antes de este suceso,
habría tenido una vida feliz; pero desde este instante
nada vale la pena en la vida mortal.
Todo es como un juguete; renombre y gracia han muerto,
se ha derramado el vino de la vida y sólo quedan
posos para gloriarse en la bodega.

Entran Malcolm y Donalbain

DONALBAIN

¿Qué mal es éste?

MACBETH

El vuestro, y no lo sabéis:
el principio, el origen, la fuente de vuestra sangre
se ha agotado, su mismo manantial se ha detenido.

MACDUFF

Vuestro padre ha sido asesinado.

MALCOLM

¡Dios! ¿Por quién?

LENNOX

Los guardias de su alcoba, al parecer, lo hicieron:
sus manos y sus rostros tenían manchas de sangre
y sus dagas también, que aún sin limpiar hallamos
sobre sus almohadas; miraban fijamente y como trastornados;
no debió confiarse a su cuidado la vida de hombre alguno.

MACBETH

Aun así me arrepiento del furor
que me llevó a matarlos.

MACDUFF

¿Y, por qué lo hicisteis?

MACBETH

¿Quién puede ser, a un tiempo, sabio y necio,
ponderado y furioso, leal e indiferente? Nadie.
Lo impulsivo de mi violento amor
le pudo a la prudencia de la razón. Aquí yacía Duncan,
su plateada piel bordada con oro de su sangre,
y sus hondas heridas como una brecha en la Naturaleza,
devastadora entrada de la ruina. Allí los asesinos,
en el color inmersos de su oficio, con las dagas
torpemente cubiertas de coágulos de sangre. ¿Quién renunciaría,

teniendo un corazón para el amor y en ese corazón
coraje, a revelar su amor?

LADY MACBETH

¡A mí, llevadme fuera!

MACDUFF

Cuidad de ella.

MALCOLM

Aparte a Donalbain

¿Por qué hacemos callar a nuestras lenguas,
cuando más que a ninguno este argumento nos atañe?

DONALBAIN

Aparte a Malcolm

¿Y qué decir aquí donde nuestro destino,
oculto en la hondonada de un troquel, puede saltar de pronto y agarrarnos ?
Partamos.

Aún no están a punto nuestras lágrimas.

MALCOLM

Aparte a Donalbain

Ni nuestro gran dolor
presto para moverse.

BANQUO

¡Cuidad de ella!

Y cuando hayamos encubierto nuestra desnuda fragilidad,
que sufre expuesta así, podremos encontrarnos
e indagar estos hechos tan sangrientos para conocerlos
mejor. El miedo y los escrúpulos nos turban.
Confío en la poderosa mano de Dios y, en consecuencia,
contra el oculto intento lucharé
de la traición malévola.

MACDUFF

Yo haré lo mismo.

TODOS

Y todos.

MACBETH

Revistámonos, pues, de coraje viril
y reunámonos en la gran sala.

TODOS

Vamos.

Salen todos, excepto Malcolm y Donalbain.

MALCOLM

¿Y qué haréis vos? No vayamos con ellos.
Dar muestra de un dolor que no se siente es un oficio
fácil para los falsos. Yo parto hacia Inglaterra.

DONALBAIN

Y yo lo haré hacia Irlanda. El separar nuestros destinos
nos ha de dar mayor seguridad: donde ahora estamos
son dagas las sonrisas de los hombres. El más cercano en sangre
es el más sanguinario.

MALCOLM

La flecha asesina que se ha disparado
aún en el aire está, y es más seguro
que evitemos el golpe. En marcha, pues,
y que no nos preocupe partir sin despedida
sino escapar. Que es lícito robar lo que ya es hurto
cuando no existe la misericordia.

Salen

Escena cuarta. *Entran Ross y un viejo*

VIEJO

Tres veintenas y puedo recordar bien aún diez más,
y en el transcurso de ese tiempo he visto
horas horribles y extraños sucesos; pero esta dura noche
ha reducido a nada cuanto conocí.

ROSS

Ay, buen anciano,
contempla cómo el cielo, turbado por los actos del hombre,
amenaza su sangriento escenario. Por el reloj es día;
pero la oscura noche atenaza ya la luz errante.
¿Es porque triunfa la noche, o porque el día se avergüenza
por lo que la oscuridad sepulta el rostro de la tierra
cuando tendría que besarla la luz viva?

VIEJO

Todo es contra natura,
como lo es el acto que se cometió. El martes ya cumplido,
un halcón que ascendía al cenit de su vuelo fue atacado
por un búho ratonero, y muerto.

ROSS

Y (cosa extraña, pero cierta) los caballos de Duncan,
hermosos y ligeros, los favoritos de su raza,
se volvieron salvajes, rompieron sus establos y emprendieron la huida,
rebeldes a obediencia, como si declarasen
la guerra al hombre.

VIEJO

Se dice que se devoraban entre sí.

ROSS

Así fue, para asombro de mis propios ojos
que lo pudieron ver.

Entra Macduff

Ahí llega el buen Macduff.

¿Como va el mundo, amigo?

MACDUFF

¿No lo veis vos mismo?

ROSS

¿Se sabe quién cometió este acto tan sangriento?

MACDUFF

Aquellos que Macbeth hirió de muerte.

ROSS

¡Oh, día desventurado!

¿Y qué provecho esperarían?

MACDUFF

Fueron sobornados.

Malcolm y Donalbain, los dos hijos del rey,
han desaparecido y dado en fuga, lo que hace recaer en ellos
las sospechas del crimen.

ROSS

¡De nuevo contra la Naturaleza!

¡Oh, pródiga ambición, devorarás un día

lo que a tu vida da sustento! Es, por tanto, probable
que la soberanía caiga ahora en Macbeth.

MACDUFF

Ya ha sido proclamado y ha partido hacia Scone
para la investidura.

ROSS

Y el cuerpo de Duncan, ¿dónde está?

MACDUFF

Camino de Colmekill,

sagrada tumba de sus antepasados
y guardián de sus huesos.

ROSS

¿Pensáis ir hasta Scone?

MACDUFF

No, amigo, marcho a Fife.

ROSS

Bien, yo iré.

MACDUFF

Que bien se desarrollen las cosas por allí... ¡Adiós! ...

Que los viejos ropajes, como temo, mejor se usan que los nuevos .

ROSS

Quedad con Dios, anciano.

VIEJO

Que la bendición de Dios vaya contigo y con los que transforman
el mal en bien, los enemigos en amigos.

Salen todos

ACTO III

Escena primera. *Entra Banquo*

BANQUO

Ahora ya eres rey, Glamis y Cawdor, todo,
como las brujas prometían, y me temo
que has jugado muy sucio para conseguirlo. Se nos dijo también
que no podrías perdurar en herederos
y que yo mismo, yo, sería padre y raíz
de muchos reyes. Si hablaron con verdad,
como sobre ti, Macbeth, brilló lo que dijeron,
¿por qué, si esas verdades pudieron confirmarse sobre ti,
no ha de ocurrir lo mismo también con mis oráculos
para darme esperanza? Pero, silencio. Basta.

Sonido de trompas

Entran Macbeth como rey, Lady Macbeth, Lennox, Ross, caballeros y sirvientes

MACBETH

Aquí está nuestro huésped de honor.

LADY MACBETH

El no invitarlo

habría supuesto un hueco en nuestro gran banquete,
un gran error imperdonable.

MACBETH

Esta noche, señor, ofrecemos una cena solemne
para la que requerimos vuestra presencia.

BANQUO

Disponed, Majestad,
de todo mi respeto, puesto que os aseguro mis servicios
que con indisolubles vínculos
a vos me unen para siempre.

MACBETH

¿Cabalgaréis esta tarde?

BANQUO

Sí, mi señor.

MACBETH

Hubiéramos solicitado, de no ser así, vuestro buen parecer
(que ha sido siempre ponderado y fecundo)
en el consejo de hoy; quede para mañana.

¿Iréis muy lejos?

BANQUO

Tanto, señor, como permita el tiempo

que media hasta la cena. Si no lo hiciera, mi caballo
tendría que tomar prestadas a la noche
una o dos horas de su oscuridad.

MACBETH

No faltéis al banquete.

BANQUO

No faltaré, señor.

MACBETH

Hemos oído que nuestros sanguinarios familiares se refugian
en Inglaterra y en Irlanda, y no sólo ocultando
su cruel parricidio, sino contando a quienes les escuchan
extrañas invenciones. Pero de esto, mañana cuando asuntos de Estado nos reúnan,
ya hablaremos. Id a cabalgar. ¡Adiós!
Hasta vuestro retorno esta noche. ¿Se va Fleance con vos?

BANQUO

Sí, mi señor. Y el tiempo nos reclama.

MACBETH

Que sean vuestros caballos veloces y seguros;
a su sólida grupa os encomiendo.
Quedad con Dios.

Sale Banquo

Que cada cual sea dueño de su tiempo
hasta las siete de la tarde.

Por dar a nuestros invitados la mejor bienvenida
nos quedaremos solos hasta la hora de la cena.

Entretanto, ¡id con Dios!

Salen todos excepto Macbeth y un sirviente

¡Escucha, tú! ¿Esperan esos hombres
nuestras órdenes?

SIRVIENTE

Sí, mi señor. Esperan a la puerta de palacio.

MACBETH

Tráelos a mi presencia.

Sale el sirviente

¡De nada sirve estar así
si no hay seguridad! Nuestro miedo hacia Banquo
ha penetrado en lo más hondo, y hay en su realeza natural
algo que debería ser temido. Su atrevimiento es mucho
y al carácter indómito de su alma
añade un saber que guía su valor
haciéndole que actúe con seguridad. Ninguna otra existencia
temo más que la suya; y bajo él
mi genio está abrumado como, dicen,
ante César lo estaba Marco Antonio. En el mismo momento
en que rey me llamaron, increpó a las brujas
y les hizo que hablaran. Como una profecía, entonces,
le saludaron como padre de una estirpe de reyes.
Una infecunda corona ciñeron sobre mi cabeza,
me hicieron empuñar un cetro estéril
que deberá arrancarme un día mano extraña
sin tener hijo alguno para que me suceda: si es así
mi alma he mancillado por la estirpe de Banquo;
por ellos he matado al noble Duncan,
llenado de rencor mi copa de reposo
sólo por ellos, dando la joya eterna de mi vida
al enemigo común de los mortales,
para hacer de ellos reyes. ¡Reyes a las semillas
de Banquo! ¡Ven, destino, antes de que así sea! ¡Ven y lucha!

¡Lucha conmigo hasta el final!... ¿Quién va?

Entran el sirviente y dos asesinos

Espérate a la puerta hasta que llame.

Sale el sirviente

¿No fue ayer cuando hablamos?

ASESINO PRIMERO

Ayer fue, Majestad.

MACBETH

Y bien, pues,

¿habéis considerado mis palabras?

Sabed que en el pasado fue él quien os mantuvo

así de postergados, mientras vosotros me lo atribuís,

a un inocente, a mí. De esto ya os di pruebas

en el último encuentro y os mostré con largueza

cómo se os engañó, se os postergó, quiénes fueron los cómplices,

cuáles los instrumentos, y muchas otras cosas ante las que diría

el más necio y hasta el más demente:

¡Esto lo hizo Banquo!

ASESINO PRIMERO

Así nos lo contasteis.

MACBETH

Lo hice, sí. Y aún más. Y esto es, precisamente,

lo que motiva ahora este otro encuentro.

¿Creéis que la paciencia predomina tanto en vuestro ánimo

como para dejar que todo siga igual? ¿Sois tan evangélicos

que así rogáis por este hombre y por su descendencia

cuando con mano firme os condujo a la tumba

y empobreció a los vuestros para siempre?

ASESINO PRIMERO

Somos hombres, señor.

MACBETH

Ya lo sé, y como tales figuráis en catálogo,

como el lebrer, faldero, perdiguero, bastardo, raposero,

el de agua o de presa o semilobo, todos tienen el mismo

nombre de perro. Y, sin embargo, la lista de valores

distingue al lento del veloz, al astuto,

el guardián y el de caza, cada cual

según el don con que Naturaleza, generosa,

le haya revestido, y recibiendo así

específico nombre en el conjunto

donde todos figuran por igual; lo mismo con los hombres.

Ahora, si en la lista humana ocupáis un lugar

que no sea un grado ínfimo, decidlo,

y pondré en vuestras manos una empresa,

con cuya ejecución vuestro enemigo queda eliminado

y vosotros atados a nuestro corazón y al afecto de Nos,

que soportamos una salud enferma a causa de su vida,

cuando se aliviaría con su muerte.

ASESINO SEGUNDO

Soy, señor,

de los que viles golpes y mundanos azares

tanto han exasperado, que haría lo que fuese

para vengarme de ese mundo.

ASESINO PRIMERO

Yo soy otro,

ya tan cansado de miserias y tan abatido por el infortunio

que arriesgaría mi vida a cualquier suerte

con tal de mejorarla o de librarme de ella.

MACBETH

Sabed ambos
que Banquo fue vuestro enemigo.

ASESINO SEGUNDO

Es muy cierto, señor.

MACBETH

Y lo es mío también, y rival tan sangriento
que cada instante de su vida está clavado
en el centro mismo de la mía; y aunque yo pudiera
quitarlo de mi vista con mi expreso poder,
siendo mi voluntad la justificación, no debo, sin embargo;
pues hay amigos suyos que lo son también míos
y a cuya estima renunciar no puedo. Lamentaría su caída
provocada por mí. Por esto ahora
debo hacerle la corte a vuestra ayuda,
disfrazando el asunto a los ojos ajenos
por varias razones poderosas.

ASESINO SEGUNDO

Lo que vos dispongáis,
señor, haremos.

ASESINO PRIMERO

Aunque nuestras vidas...

MACBETH

A través de vosotros brilla el valor. A lo sumo
dentro de una hora diré dónde debéis apostaros
y os mantendré informados, oportunamente,
del momento preciso; ha de hacerse esta noche
y a debida distancia de palacio; pensad siempre
que exijo quedar libre de sospecha... y que junto a él
(sin dejar rastro ni señal en lo que hagáis),
su hijo Fleance que le acompaña,
y cuya desaparición no es menos importante para mí
que lo es la del padre, debe también abrazar el destino
de esa hora oscura. Decidid a solas;
yo volveré enseguida.

ASESINO SEGUNDO

Señor, estamos decididos.

MACBETH

Os llamaré muy pronto. Esperad dentro...

Todo está concluido: Banquo, el vuelo de tu alma
si ha de encontrar el cielo, debe hacerlo esta noche.

Salen

Escena segunda. *Entran Lady Macbeth y un sirviente*

LADY MACBETH

¿Ha salido Banquo de palacio?

SIRVIENTE

Si, mi señora, pero regresará esta noche.

LADY MACBETH

Di al rey que solicito su permiso para hablarle brevemente.

SIRVIENTE

Sí, mi señora.

Sale

LADY MACBETH

Nada se tiene, todo está perdido
cuando nuestro deseo se colma sin placer.
Es mejor ser lo que nosotros destruimos,
que al destruirlo no vivir sino un goce dudoso.

Entra Macbeth

Y bien, mi señor, ¿por qué permanecéis a solas
llevando tristes pensamientos por toda compañía,
alimentando fantasías que tendrían que haber muerto
con los que las provocan? Lo que no puede remediarse
no debe ser considerado: lo hecho, ya está hecho.

MACBETH

Hemos herido la serpiente, no le hemos dado muerte;
volverá a revivir y a ser la misma; nuestra malicia, pobre,
a merced quedará de mordeduras, como antes.
Que la máquina del mundo se desmembre, que cielo y tierra sufran
antes que comer con miedo, y que dormir
con la aflicción de estos horrendos sueños
que nos agitan en la noche; mejor estar con los que han muerto,
a quienes para obtener la paz a la paz enviamos,
que yacer con la mente atormentada
en un delirio que no cesa. Duncan está ya en su tumba
y reposa tranquilo tras la convulsa fiebre de la vida;
la traición hizo ya todo el mal. Ni la daga, ni el veneno,
la perfidia intestina o fuerzas exteriores,
nada puede afectarle.

LADY MACBETH

Vamos,
mi buen señor, quitaos las arrugas de ese adusto ceño,
sed alegre y jovial esta noche con vuestros invitados.

MACBETH

Lo he de ser, amor mío; lo mismo os ruego a vos.
Dedicad a Banquo vuestras atenciones,
mostradle preferencia con palabras y con vuestros ojos.
Peligroso tiempo el que nos hace
lavar nuestro honor en ríos de lisonja
y en máscara del corazón convierte nuestro rostro
disfrazando lo que es.

LADY MACBETH

Abandonad esa actitud.

MACBETH

¡Mi mente está llena de escorpiones, amor mío!
Vos sabéis que Banquo y Fleance están vivos.

LADY MACBETH

Pero la imagen de la vida en ellos no es eterna.

MACBETH

¡Aún hay esperanza; ya que son vulnerables!
¡Alégrate, pues! Antes de que el murciélago complete
su vuelo por el claustro; antes que a la llamada de la negra Hécate
el escarabajo nacido del estiércol, con un zumbido soñoliento
haga sonar la bostezante campana de la noche, ya se habrá confirmado
lo que se conocerá por su horror.

LADY MACBETH

¿Qué es lo que váis a hacer?

MACBETH

No queráis saberlo, mujer mía,
hasta que os sea posible el aplaudirlo... Ven, noche cegadora, ven;
pon vendas en los tiernos ojos de este piadoso día
y con tu ensangrentada e invisible mano
detén y rompe en mil pedazos esta gran atadura
con la que palidezco. Ya se espesa la luz
y el cuervo vuela hacia el sombrío bosque.
Todo lo que de bueno hay en el día se duerme y desvanece

mientras los negros agentes de la noche se despiertan para la rapiña.
Mi palabra os asombra; pero tranquilizaos:
que lo que empieza con el mal, con él se fortalece.
Venid conmigo, os ruego.
Salen

Escena tercera. *Entran tres asesinos*

ASESINO PRIMERO

¿Quién te ordenó venir junto a nosotros?

ASESINO TERCERO

Macbeth.

ASESINO SEGUNDO

No es necesario que desconfiemos, pues nos trae instrucciones de aquello que debemos hacer, también de cómo hacerlo.

ASESINO PRIMERO

Quédate con nosotros.

Aún brillan en poniente los destellos del día y, rezagado, con más brío espolea el viajero para llegar a tiempo a la posada... ya se acerca lo que otorga razón a nuestra espera.

ASESINO TERCERO

¡Silencio! ¡Oigo caballos!

BANQUO

Dentro

¡Una antorcha, traed una antorcha! ¡Pronto!

ASESINO SEGUNDO

Es él;

los demás de la lista de invitados están ya en palacio.

ASESINO PRIMERO

Sus caballos van solos.

ASESINO TERCERO

Casi una milla, sí; pues tiene esa costumbre; como todos los hombres, de aquí a la puerta de palacio, hace el camino a pie.

Entran Banquo y Fleance, con una antorcha

ASESINO SEGUNDO

¡Una antorcha! ¡Una antorcha!

ASESINO TERCERO

¡Es él!

ASESINO PRIMERO

¡Espera!

BANQUO

Habrà lluvia esta noche.

ASESINO PRIMERO

¡Déjala que caiga!

Atacan a Banquo

BANQUO

¡Ah, traición! ¡Huye, Fleance! ¡Huye, huye

¡Tú tomarás venganza!... ¡Oh, miserable!

Banquo muere. Fleance escapa.

ASESINO TERCERO

¿Quién apagó la antorcha?

ASESINO PRIMERO

¿No debimos hacerlo?

ASESINO TERCERO

Sólo ha caído uno; el hijo pudo huir.

ASESINO SEGUNDO

Hemos perdido
la mejor mitad de nuestro asunto.

ASESINO PRIMERO

Bien, partamos
y demos cuenta de lo que hemos hecho.

Salen

Escena cuarta. *Un banquete*

Entran Macbeth, Lady Macbeth, Ross, Lennox, caballeros y sirvientes

MACBETH

Ya conocéis vuestro rango, acomodaos. Y del primero al último
mi cordial bienvenida.

CABALLEROS

Gracias, Majestad.

MACBETH

En cuanto a Nos, habremos de mezclarnos con vosotros
y hacer de humildes anfitriones.

Nuestra anfitriona ocupará su sitio, y a su tiempo
pediremos que dé la bienvenida.

LADY MACBETH

Pronunciadla por mí vos, mi señor, ante nuestros amigos
pues que ya mi corazón los acoge.

Entra asesino primero

MACBETH

Ved cómo su corazón os lo agradece.

Las dos mitades están igualadas. Me sentaré entre vosotros.

Estad alegres y bebamos todos de la copa
en torno a la mesa.

Al asesino primero

¡Llevas sangre en tu rostro!

ASESINO PRIMERO

Es la de Banquo.

MACBETH

Está mejor en ti que dentro de su cuerpo.

¿Ya lo habéis despachado?

ASESINO PRIMERO

Le cortamos el cuello, señor;

yo mismo lo hice.

MACBETH

Tú eres el mejor de los verdugos,
aunque bueno es también quien haya hecho lo propio con Fleance.

Incomparable serías de haberlo hecho tú.

ASESINO PRIMERO

Majestad, Fleance ha logrado escapar.

MACBETH

Vuelve, entonces, mi angustia.

Feliz hubiera sido en el caso contrario;
compacto como el mármol, firme como la roca,
tan amplio y libre como el aire que nos cubre.

Estoy, no obstante, encadenado, confinado, atrapado, enjaulado
entre insolentes dudas y con miedo... Y Banquo, ¿está seguro?

ASESINO PRIMERO

Sí, mi señor, yace seguro en una fosa
con veinte heridas sobre su cráneo, de las cuales
la más nimia matara a la Naturaleza.

MACBETH

Os doy las gracias.

La gran serpiente yace allí; la pequeña, que ha huido, naturaleza tiene que algún día producirá veneno, aunque no tenga dientes por ahora... Vete, que mañana ya hablaremos de nuevo.

Sale el asesino

LADY MACBETH

Majestad,

¿por qué no brindáis? Que parece banquete de pago aquel en que no dicen repetidas veces, mientras dura, que es ofrecido con placer. Fuera entonces mejor comer en casa. Por eso el ritual es la salsa mejor para la carne; si falta, los banquetes están como desnudos.

MACBETH

¡Dulce consejera!

Y que una buena digestión siga a un buen apetito, y la salud con ambos.

LENNOX

¿No le place sentarse a Vuestra Majestad?

MACBETH

Tendríamos bajo este techo todo el honor de nuestro país, si estuviera presente la noble persona de Banquo
Entra el espectro de Banquo y se sienta en el lugar de Macbeth
a quien preferiría reprobado por haber sido descortés antes que lamentar una desgracia.

ROSS

Su ausencia, mi señor, hace culpable su promesa. ¿Querría Vuestra Majestad concedernos el honor de su real compañía?

MACBETH

La mesa está completa.

LENNOX

Hay un lugar dispuesto, mi señor.

MACBETH

¿Dónde?

LENNOX

Aquí, noble señor. ¿Qué os sucede, Majestad?

MACBETH

¿Quién de vosotros ha hecho esto?

LENNOX

¿Qué, noble señor?

MACBETH

No podéis decir que lo hice yo: nunca sacudas tu cabellera ensangrentada sobre mi rostro.

ROSS

Levantaos, señores: Su Majestad está indispuerto.

LADY MACBETH

Sentaos, nobles amigos. Mi señor se encuentra así a menudo. Ha estado así desde su juventud. Permaneced sentados, os lo ruego. Estos accesos pasan pronto, en un momento estará bien de nuevo. Si lo hacéis notorio le ofenderéis y su delirio aumentará. Seguid comiendo y no miréis... ¿Sois vos, acaso, un hombre?

MACBETH

Sí, y con el valor de mirar a la cara a quien al mismo demonio espantaría.

LADY MACBETH

¡Cuánto absurdo!

Este es el cuadro que pinta vuestro miedo;

el puñal, que dijisteis dibujado en el aire,
 que a Duncan os llevaba. ¡Oh, estos sobresaltos y arrebatos
 (impostores del miedo de verdad) aptos serían
 para cuentos de vieja dichos al calor de la lumbre
 historias bendecidas ya por el ama! ¡Oh, vergüenza, vergüenza!
 ¿Qué significan esos gestos? Lo que estáis viendo, al fin,
 es tan sólo un asiento.

MACBETH

¡Mira allí, te lo ruego!

¡Mira, mira!... ¡Háblame!...,

No me das miedo... ¡Si mueves la cabeza, también podrás hablar!

Si los osarios y las tumbas a los que enterramos

nos los devuelven, nuestros mausoleos

habrán de ser el vientre de los buitres.

Sale el espectro

LADY MACBETH

¿Te quitó agallas la locura?

MACBETH

Como que estoy aquí, que le he visto.

LADY MACBETH

¡Oh, qué vergüenza!

MACBETH

Antes de ahora se derramó ya sangre en los tiempos antiguos,

antes de que la ley humana dulcificase los Estados.

Sí, y desde entonces se cometieron crímenes

demasiado terribles al oído. Hubo un tiempo

en que el hombre moría con el cerebro machacado,

y ése era el fin; pero ahora se alzan

con veinte heridas mortales en la cabeza

y de nuestros asientos nos expulsan. Esto es lo extraño,

más que el crimen.

LADY MACBETH

Noble señor,

vuestros amigos os echan de menos.

MACBETH

Me olvidaba.

No os sorprendáis, nobles amigos;

padezco de una dolencia extraña que no es nada

para los que me conocen. ¡Ea! Para todos, amistad y salud.

Y ahora me sentaré. ¡Llenad mi copa hasta los bordes!

Entra el espectro

Brindo por la felicidad de todos los que están a la mesa

y por Banquo, nuestro querido amigo, cuya ausencia notamos.

¡Quisiéramos que aquí estuviese! ¡Por todos y por él, brindemos!

¡Brindo por todos!

CABALLEROS

¡Para vos, nuestro brindis y nuestra lealtad!

MACBETH

¡Atrás! ¡Fuera de mi vista! ¡Que la tierra vuelva a ocultarte!

Tus huesos están vacíos y tu sangre está fría.

Ya no tienes mirada en esos ojos

con los que me deslumbras.

LADY MACBETH

Nobles señores, entended esto

como algo habitual, y no de otra manera,

aunque nos enturbie la alegría de ahora.

MACBETH

A cuanto se atreve el hombre yo me atrevo;

ven, acércate, como el feroz oso de Rusia
o como el rinoceronte armado, o como el tigre de Hircania;
adopta cualquier aspecto menos éste, y mis templados nervios
no temblarán; o bien vuelve a la vida
y desafíame en el desierto con tu espada;
y si entonces temblando me quedara aquí, podrás considerarme
muñeca de cartón. ¡Atrás, horrenda sombra!
¡Engañosa irrealidad, atrás!

Sale el espectro

Bien, sí, se ha ido.

Ya vuelvo a ser un hombre... Os lo ruego, sentaos.

LADY MACBETH

Has hecho que la alegría huya, y la hermosa fiesta has roto
con un inesperado desvarío.

MACBETH

¿Es posible que existan tales cosas,
que sobre nosotros pasen como nubes de estío,
y no maravillarnos? Hacéis que incluso dude
de la disposición de lo que soy, cuando pienso
que podéis contemplar visiones tales,
y conserváis el rubí natural de las mejillas,
mientras el miedo emblanquece las mías.

ROSS

¿Qué visiones, señor?

LADY MACBETH

No habléis, os lo ruego, pues su mal crece más y más;
las preguntas le llenan de furor. Así pues, buenas noches.
Que el orden de salida no os detenga;
marchaos enseguida.

LENNOX

Buenas noches, y que mejor salud
tenga Su Majestad.

LADY MACBETH

A todos, buenas noches.

Salen los caballeros

MACBETH

Será con sangre, dicen; la sangre llama a sangre.
Se ha sabido de piedras que se mueven, y de árboles que hablaron;
augurios y otros signos evidentes
con el cuervo, la urraca y el grajo han descubierto
al más oculto de los asesinos. ¿Cómo es la noche ahora?

LADY MACBETH

Está midiendo sus fuerzas con el día, por ver quién vence.

MACBETH

¿Y qué decís de que Macduff rehusara
aceptar nuestra solemne invitación?

LADY MACBETH

¿Le mandasteis llamar?

MACBETH

No...acabo de hacerlo; he de ordenar ahora que le busquen.
No hay ninguno de éstos, en cuya casa yo
no mantenga un sirviente. Iré mañana
—iré temprano— en busca de las tres hechiceras.
Tendrán que ser más claras, pues estoy decidido a conocer
con los peores medios, lo peor. A mi propio interés
todas las otras causas se someterán. He ido muy lejos
en el camino de la sangre. Y si más no avanzase
tanto daría volver como ganar la orilla opuesta.

Ideas extrañas llenan mi cabeza, que tomaré en mis manos
y que ejecutaré sin detenerme a analizarlas.

LADY MACBETH

Os falta lo que puede preservar a las criaturas: sueño.

MACBETH

Vamos, venid, y que nos venza el sueño. Mi extraño desvarío
no es sino el inmaduro temor que necesita de una práctica dura.
Para la acción, aún nos quedan años de juventud.

Salen

escena quinta. *Truenos*

Entran las tres brujas; se encuentran con Hécate

BRUJA PRIMERA

Y bien, ¿qué decís, Hécate? Parecéis irritada.

HÉCATE

¿Y no tengo motivos, brujas insolentes
y temerarias? ¿Cómo habéis osado comerciar con Macbeth y traficar
en enigmas y asuntos de la muerte
mientras yo, vuestra maestra en sortilegios,
artífice secreta de los maleficios,
no fui ni convocada a ejecutar mi parte
ni tampoco a mostrar nuestro arte en todo su esplendor?
Y lo que es peor, todo lo que habéis hecho
fue por un hijo caprichoso, malvado
y violento, que al igual que muchos
por sus fines procura; nunca por los vuestros.

Poned ahora remedio; así, partid

y a las cavernas de Aqueronte

venid para buscarme con el alba, que allí él

para saber de su destino ha de acudir.

Preparad los utensilios, los conjuros,

vuestros filtros y todo lo demás.

Me vuelvo al aire, que he de emplear la noche
en un fatal y trágico designio. Grandes cosas
habrán de urdirse antes del mediodía.

De la curva de la luna pende

una gota que exhala hondos misterios

que yo he de recoger antes que caiga

a la tierra, y destilada por los filtros mágicos

hará surgir espíritus artificiales

con la fuerza debida a su ilusión

que le conducirán hacia su ruina.

Despreciando el destino, se reirá de la muerte,

llevará su esperanza más allá del temor, sabiduría y gracia.

Vosotras lo sabéis: la confianza

es para los mortales la peor enemiga.

Música y una canción

Me llaman, ¿no lo oís? Ved, mi pequeño espíritu

está en su densa nube, y ya me espera.

Cantan dentro Ven y síguenos, ven

BRUJA PRIMERA

Vayámonos, aprisa, que pronto volverá.

Salen

Escena sexta. *Entran Lennox y otro caballero*

LENNOX

Mis palabras de antes apenas han chocado con vuestros pensamientos
que una interpretación mejor habrán de darles. Sólo digo
que todo transcurrió en forma extraña. El noble Duncan

tuvo la compasión de Macbeth-¡Voto a Dios!-y estaba muerto ya
y el valeroso Banquo prolongó demasiado su paseo;
podéis decir (si así os parece) que Fleance lo mató,
pues Fleance salió huyendo. No es bueno pasear hasta muy tarde.
¿Quién podrá evitar el pensamiento de cuán monstruoso
fue que Malcolm y Donalbain
dieran muerte a su padre bondadoso? ¡Acción maldita!
¡Cómo afligió a Macbeth! ¿Y no fue él quien, al instante,
—oh, justa ira— hizo pedazos a los dos culpables,
esclavos del alcohol, prisioneros del sueño?
¿No fue una noble acción? Sí, y también llena de sabiduría,
pues a cualquiera que tenga corazón hubiese enfurecido
oír negarlo a esos hombres. Y yo digo
que todo lo ha llevado bien y yo creo
que si tuviese bajo llave a los hijos de Duncan
(Dios sea loado, espero que no ocurra) habrían de saber
lo que es matar a un padre, y lo mismo Fleance.
¡Pero, silencio! Porque por palabras imprudentes y por no haber ido
a la fiesta que ofreció el tirano, he podido saber
que Macduff ha caído en desgracia. Señor, ¿podéis decirme
dónde se ha refugiado?

CABALLERO

El hijo de Duncan,
cuyos derechos de sangre ha usurpado el tirano,
vive en la corte de Inglaterra, y es allí recibido
por el piadoso Edward con tanto fervor
que la malevolencia de Fortuna en nada disminuye
el gran respeto que le tienen. Macduff acudió allá
para rogar al santo rey, y pedirle su ayuda
convenciendo a Northumberland, y al belicoso Seyward:
que con la ayuda de ambos (sancionada
por el Altísimo) sea posible de nuevo
devolver alimento a nuestra mesa y sueño a nuestras noches,
y liberar nuestros festines y banquetes de cuchillos de sangre,
rendir leal homenaje, recibir honores libremente;
todo por lo que ahora suspiramos. Y estas nuevas
tanto han exasperado a nuestro rey que ya se prepara
para una acción de guerra.

LENNOX

¿Y reclamó a Macduff?

CABALLERO

Sí, y con un decidido Yo no, mi señor,
el turbio mensajero le volvió la espalda
y murmuraba, como si dijera, Os pesará el momento
que me obliga a dar esta respuesta.

LENNOX

Esto más bien podría
aconsejarle ser prudente y el mantener cualquier distancia
que su juicio le dicte. ¡Que algún sagrado ángel
vuele a la corte de Inglaterra y le dé su mensaje
antes de su retorno; que una bendición súbita
pueda pronto volver a este país que ahora sufre
bajo un puño maldito!

CABALLERO

Mis plegarias le acompañarán.

Salen

ACTO IV

Escena primera. *Truenos*

Entran las tres brujas

BRUJA PRIMERA

Por tres veces maulló el gato atigrado.

BRUJA SEGUNDA

Tres veces y una más se quejó el puerco espín.

BRUJA TERCERA

Grita la arpía ¡Es hora! ¡Ya es la hora!

BRUJA PRIMERA

Rodad, rodad, en torno a este caldero;

arrojemos en él envenenadas vísceras.

Sapo que bajo piedra fría

treinta y un días con sus noches

su veneno destila medio en sueños,

hierve primero en la tina encantada.

TODAS

Dobla, dobla, trabajo y afán.

Avívate, fuego, y tú, caldero, hierve.

BRUJA SEGUNDA

Carne de culebra de pantano,

cuécete y hierve en el caldero;

ojo de tritón, pata de rana,

cabello de murciélago y lengua de can

y lengua de una víbora y aguijón de áspid,

ojo de lechuza, pata de lagarto,

filtro de gran poder,

hierve, hierve, mezcla del infierno.

TODAS

Dobla, dobla, trabajo y afán.

Avívate, fuego, y tú, caldero, hierve.

BRUJA TERCERA

Escama de dragón, diente de lobo,

momia de bruja, y tripas y mandíbula

de voraz tiburón; raíz de cicuta

cogida de la oscuridad;

hígados de judío blasfemo;

bilis de cabra, brotes de un abeto

arrancados en eclipse de luna;

labios de tártaro y nariz de turco,

dedo de niño que se ahogó en el parto

alumbrado en la fosa por perversa mujer;

haz el brebaje espeso, hazlo viscoso.

Y echa tripas de tigre,

como nuevo ingrediente, en el caldero.

TODAS

Dobla, dobla, trabajo y afán.

Avívate, fuego, y tú, caldero, hierve.

BRUJA SEGUNDA

Que te enfríe la sangre del simio;

que el hechizo seguro así funcionará.

Entran Hécate y las otras tres brujas

HÉCATE

Bien hecho, aplaudo vuestro esfuerzo,

y cada cual tendrá su recompensa.

Y ahora, en torno al caldero cantad,

como hadas y silfas cantad,

y hechizad todo lo que hierve.

Música y una canción ¡Negros espíritus y blancos!, etcétera

Salen Hécate y las otras tres brujas

BRUJA SEGUNDA

Por el picor que hay en mis dedos

sé que la infamia se aproxima.

A quienquiera que sea, abridle los cerrojos.

Entra Macbeth

MACBETH

¿Y ahora qué, secretas y oscuras brujas de la noche?

¿Qué es lo que estáis haciendo?

TODAS

Una cosa sin nombre.

MACBETH

Yo os conjuro por lo que profesáis

(venga de donde venga su saber), dadme respuesta:

aunque desatéis los vientos para que se estrellen

contra los templos, aunque las olas encrespadas

confundan y se traguen todo cuanto navega;

aunque el grano aún verde sea abatido y el viento arranque árboles;

aunque los castillos se derrumben sobre las cabezas de quienes los guardan

y palacios y pirámides inclinen

su frente en los cimientos; aunque se mezclen

los gérmenes preciados de la Naturaleza

hasta que fuera náusea la destrucción; dadme respuesta

para lo que pregunto.

BRUJA PRIMERA

Habla.

BRUJA SEGUNDA

Di lo que quieres.

BRUJA TERCERA

Hemos de responder.

BRUJA PRIMERA

Dinos, ¿quieres saberlo por nuestra propia boca,

o por la boca de nuestros superiores?

MACBETH

Dejadme que los vea; llamadlos.

BRUJA PRIMERA

Echad la sangre de una cerda cebada

con sus nueve lechones; grasa que es exudada

desde el patíbulo del asesino,

echadla al fuego.

TODAS

Acudid, de lo alto o del abismo.

Mostrad vuestro poder y lo que sois.

Truenos

Aparición primera, una cabeza armada

MACBETH

Habladme, poder desconocido.

BRUJA PRIMERA

Él sabe todo lo que piensas

Escucha sus palabras y no digas nada.

APARICIÓN PRIMERA

¡Macbeth, Macbeth, Macbeth, guárdate de Macduff,

y del Señor de Fife! Dime adiós. ¡Basta ya!

Desciende

MACBETH

Quienquiera que tú seas, por tu advertencia, gracias;

has descubierto el exacto lugar de mi temor. ¡Detente! Una palabra...

BRUJA PRIMERA

No ha de escucharte. Otro vendrá
mayor en rango que el primero.

Truenos

Aparición segunda, un niño ensangrentado

APARICIÓN SEGUNDA

¡Macbeth, Macbeth, Macbeth!

MACBETH

¡Si yo tuviera, para oírte, tres oídos!

APARICIÓN SEGUNDA

Sé decidido, sanguinario, valiente: podrás tomar a risa
el poder de los hombres, porque nadie nacido de mujer
hará daño a Macbeth.

Desciende

MACBETH

¡Macduff, entonces, vive! ¿Por qué tendría que temerte?

Pero haré que la seguridad sea dos veces cierta
arrancándole al Hado un compromiso: tú no vivirás
para que al corazón de pálido temor pueda decir que miente
y pueda al fin dormir, a despecho del trueno.

Truenos

Aparición tercera, un niño coronado, con un árbol en la mano

¿Qué es lo que surge

como si fuera nacido de algún rey y lleva
sobre su frente juvenil el cerco
y enseña de la soberanía?

TODAS

Escucha, y no le hables.

APARICIÓN TERCERA

Ten el orgullo y temple del león y olvídate
de quien conspira, o se agita o se queja.

Macbeth no podrá ser vencido hasta el día
en que el gran bosque de Birnam por la alta colina de Dunsinane
no avance contra él.

Desciende

MACBETH

Eso jamás ocurrirá.

¿Quién posee el poder para movilizar un bosque, y ordenar al árbol
que arranque de la tierra que le ata su raíz? ¡Dulces presagios!

Rebeldes muertos, nunca os alcéis hasta que surja el bosque
de Birnam, y nuestro egregio Macbeth

viva lo que prevé Naturaleza y pague el último suspiro
a la hora y costumbre de la muerte. Aún mi corazón

una cosa ansía conocer: dime, si es que tu arte
puede decirme tanto, ¿podrá reinar un día
quien descienda de Banquo en estas tierras?

TODAS

No quieras saber más.

MACBETH

¡Quiero satisfacción! Negadme esto

y la maldición eterna caiga sobre vosotras. ¡Mi deseo es saber!

¿Por qué se hunde ese caldero?

Oboes

¿Y qué es ese ruido?

BRUJA PRIMERA

¡Apareced!

BRUJA SEGUNDA

¡Apareced!
BRUJA TERCERA

¡Apareced!
TODAS

Mostraos a sus ojos y llenadle de pena el corazón,
venid como las sombras, y marchaos.

Aparecen ocho reyes y Banquo; el último rey con un espejo en la mano

MACBETH

Tu semejanza con el espíritu de Banquo es excesiva. ¡Aléjate!
Tu corona quema mis pupilas. Y tu pelo,
oh, tú, segunda frente ceñida por el oro, es como el del primero.
El tercero es igual que el que antecede. ¡Infames hechiceras!
¿Por qué me mostráis esto?... ¿Un cuarto? ¡Saltad, ojos!
¿Habrá de prolongarse este linaje hasta que acabe el mundo?
¿Otro más?... ¿Ya son siete? ¡No, ya no quiero ver más!
Y aún aparece otro con un espejo que me muestra
a muchos otros más. Y puedo ver algunos
portando dos esferas y tres cetros.

¡Qué terrible visión! Veo ahora que todo era verdad,
pues desde su cabeza ensangrentada Banquo me sonrío
y me indica que son de su linaje. ¿Es esto así?

BRUJA PRIMERA

Así es, mi señor, pero ¿por qué
Macbeth se muestra sorprendido?
Venid, hermanas, alegremos su espíritu
y lo mejor mostremos de nuestros recursos.
Haré un hechizo al aire porque suene una música
mientras danzáis vosotras en círculo ancestral.
Que este gran rey pueda hablar complacido
del homenaje con que le ofrecemos nuestra bienvenida.

Música

Las brujas danzan y desaparecen

MACBETH

¿Dónde están? ¿Ya se han ido? Que esta funesta hora
sea por siempre maldita sobre el calendario.
Venid, podéis entrar!

Entra Lennox

LENNOX

¿Sí, Majestad?

MACBETH

¿Visteis a las tres brujas?

LENNOX

No, señor.

MACBETH

¿No pasaron cerca de vos?

LENNOX

No, mi señor, os lo aseguro.

MACBETH

Que se corrompa el aire por donde cabalgan
y maldito sea quien en ellas confíe. Yo he oído
galope de caballos. ¿Quién ha venido aquí?

LENNOX

Dos o tres, señor, con la noticia
de que Macduff ha huido a Inglaterra.

MACBETH

¿Que ha huido a Inglaterra?

LENNOX

Sí, mi señor.

MACBETH

Aparte

¡Oh, tiempo! Te has anticipado a mi horrible designio.
 El propósito fugaz no llega a ejecutarse
 sino acompañado por hechos. Desde ahora
 el principal deseo de mi corazón será
 el deseo principal de mi mano. Ahora mismo,
 para que mis pensamientos se coronen con actos, hágase lo que pienso:
 asaltaré el castillo de Macduff por sorpresa
 y pondré sitio a Fife, pasaré por el filo de mi espada
 a su esposa, sus hijos y a los desventurados
 de su linaje. No más necias bravatas.
 Antes de que el propósito se enfríe, consumaré esta acción.
 ¡Basta ya de visiones! ¿En dónde están los caballeros?
 Vamos, llevadme donde están.
Salen

Escena segunda. *Entran la esposa de Macduff (Lady Macduff), su hijo y Ross*

LADY MACDUFF

¿Qué había hecho para tener que huir de su país?

ROSS

Debéis tener paciencia, mi señora.

LADY MACDUFF

El no la tuvo.

Su fuga fue locura. Cuando no son los hechos,
 es el temor quien en traidores nos convierte.

ROSS

Ignoráis

si fue por su prudencia o su temor.

LADY MACDUFF

¡Prudencia! ¿Abandonar a su mujer y sus hijos,
 sus títulos, su casa, en un lugar
 del que él mismo ha huido? No nos ama,
 no tiene sentimientos naturales. Incluso el pobre reyezuelo,
 el más pequeño entre los pájaros, defiende
 las crías de su nido contra la lechuza
 y todo es miedo y nada queda ya del amor;
 y poca es la prudencia cuando el vuelo
 así levanta contra la razón.

ROSS

Querida prima,

dominaos, os lo ruego, porque vuestro marido
 es juicioso, prudente, noble y conoce bien
 los tiempos que vivimos. No quiero decir más, que son tiempos crueles, cuando somos traidores
 y ni siquiera lo sabemos, cuando oímos hablar
 de lo que nos aterra y no sabemos lo que nos aterra,
 y tan sólo flotamos, sobre un mar que es feroz y violento,
 de un lado a otro. Me despido de vos:
 no he de tardar mucho en regresar aquí.

Que el mal cuando culmina cesa o vuelve a escalar
 al lugar donde estaba... ¡Mi pequeño,
 que el cielo te bendiga!

LADY MACDUFF

Su padre vive, y es, sin embargo, como si no viviera ahora.

ROSS

Sería necio retardar mi marcha, serviría sólo
 para mi oprobio y vuestra aflicción.
 Parto ya sin tardanza.

Sale Ross

LADY MACDUFF

Sire, tu padre ha muerto.

¿Qué será de ti ahora? ¿Cómo vivirás?

HIJO

Madre, como los pájaros.

LADY MACDUFF

¿De moscas y gusanos?

HIJO

Quiero decir con lo que encuentre: como ellos.

LADY MACDUFF

¡Mi pobre pajarillo! ¿No tendrás miedo de las redes, liga, lazos y trampas?

HIJO

¿Por qué, madre?

No las colocan para pájaros pobres.

Mi padre no está muerto, pese a lo que decís.

LADY MACDUFF

Sí que está muerto. ¿Cómo podrás encontrar otro padre?

HIJO

Y vos, ¿cómo encontraréis vos otro marido?

LADY MACDUFF

Puedo comprarme veinte, y en cualquier mercado.

HIJO

Los comprarás entonces para revenderlos.

LADY MACDUFF

Hablas con toda la argucia que tienes, que no es poca, a fe mía, para tu edad.

HIJO

¿Fue mi padre un traidor?

LADY MACDUFF

Sí, lo era.

HIJO

¿Qué es un traidor?

LADY MACDUFF

Uno que jura y miente.

HIJO

¿Y son traidores todos los que así lo hacen?

LADY MACDUFF

Quienquiera que eso haga es un traidor y tiene merecido que lo ahorquen.

HIJO

¿Todo el que jura y miente debe ser ahorcado?

LADY MACDUFF

Todos y cada uno.

HIJO

¿Y quién debe ahorcarlos?

LADY MACDUFF

Las personas de bien.

HIJO

Entonces los que mienten, los que juran, son necios porque hay suficientes perjuros y mentirosos para vencer a los hombres honrados, y colgarlos.

LADY MACDUFF

¡Que Dios te proteja! ¡Pobre cachorro mío! ¿Cómo encontrarás otro padre?

HIJO

Si estuviera muerto lloraríais por él; y si no lo hicieseis sería inequívoca señal de que pronto iba a tener un padre nuevo.

LADY MACDUFF

¡Mi pobre charlatán, cómo hablas!

Entra un mensajero.

MENSAJERO

¡Dios os bendiga, noble señora! No me conocéis, aunque yo sí conozca vuestro rango.

Temo que algún peligro se os avecina.

Y, si aceptáis que un simple súbdito pueda daros consejo, procurad que aquí no os encuentren; huid con los pequeños.

Sé que es brutal asustaros así:

haceros algo peor, fuera atroz crueldad,

que ya tan próxima está a vos. ¡Dios os proteja!

Temo quedarme por más tiempo.

Sale el mensajero.

LADY MACDUFF

¿Dónde huir?

No le hice daño a nadie. Pero ahora recuerdo que estoy en este mundo terreno donde hacer el mal es loable a menudo, y hacer el bien quizás se considera como locura peligrosa. Si es así,

¿por qué esgrimir excusas de mujer?

¿Por qué decir no le hice daño a nadie?

Entran asesinos

¿Qué son estos rostros?

ASESINO

¿En dónde está vuestro marido?

LADY MACDUFF

Espero que en ningún lugar tan profanado como éste, donde alguien como tú pueda encontrarlo.

ASESINO

Es un traidor.

HIJO

Mientes, asqueroso villano.

ASESINO

¿Qué dices tú, engendro,

cachorro de traidor?

Lo apuñala

HIJO

Me ha dado muerte, madre.

¡Escapad, os lo ruego!

Sale LADY MACDUFF gritando: Asesinato

Escena tercera. *Entran Malcolm y Macduff*

MALCOLM

Busquemos una sombra desolada, y allí las lágrimas vacíen nuestro pecho.

MACDUFF

Antes bien, empuñemos

nuestras mortíferas espadas con vigor, y como hombres verdaderos defendamos esta tierra nuestra que agoniza. Cada nuevo día conoce los gemidos de otras nuevas viudas, el llanto de otros huérfanos, el dolor nuevo que sacude la faz de un cielo que resuena igual que si lo compartiese con Escocia y con ella gritara idénticas palabras de dolor.

MALCOLM

Lloraré lo que crea,

creeré lo que sepa; y lo que pueda remediar, si la ocasión es para mí propicia, lo remediaré.

Lo que habéis contado quizá pueda ser cierto.

Este tirano, cuyo solo nombre ulcera nuestra lengua,
pasaba por honesto. Vos le tuvisteis un afecto sincero.
Aún no os ha hecho nada. Yo soy joven pero algún favor
podrías conseguir de él a mi costa; que es de astucia
ofrecer un pobre y débil e inocente cordero
para calmar a un dios airado.

MACDUFF

Yo no soy un traidor.

MALCOLM

Pero Macbeth lo es.

Una naturaleza buena y virtuosa llegaría a plegarse
ante una orden imperial. Imploraré, no obstante, que me perdonéis:
lo que vos sois yo no podría cambiarlo con mi pensamiento;
seguirían los ángeles brillando aunque el más luminoso se cayera.
Aunque lo abominable adopte la apariencia de virtud,
la virtud debe también aparentarlo.

MACDUFF

Ya perdí la esperanza.

MALCOLM

Tal vez allí donde encontré mis dudas.

¿Por qué dejasteis desvalidos a vuestra esposa e hijos,
esos móviles dulces, fuertes lazos de amor,
y sin decirles ni siquiera adiós? Os lo suplico,
no dejéis que mis sospechas sean vuestra deshonra,
pues son tan sólo mi seguridad. Vos podéis ser muy justo,
piense yo lo que piense.

MACDUFF

¡Ay, pobre patria, sangra, sangra!

Tú, gran tiranía, consolida tu base con firmeza
puesto que la virtud no ha de osar enfrentarte. Viste tus agravios.
¡Se ha confirmado tu poder!... Adiós, señor,
no sería yo el villano que creéis,
ni por todo el espacio que es capaz de abarcar la garra de la tiranía,
ni por toda la riqueza del Oriente a él añadida.

MALCOLM

No os sintáis ofendido.

No hablo así por miedo a vos,
creo que nuestra tierra sucumbe bajo el yugo,
llora, y sangra y cada nuevo día hay otra brecha
que se abre en sus heridas. También creo
que habría brazos que se alzasen para salvar mi causa. Y aquí, en la noble Inglaterra, se me ofrecen
miles de hombres, pero aunque pusiese, sin embargo,
mi pie sobre la testa del tirano o la clavase
sobre la punta de mi espada, la pobre tierra mía
tendrá más miseria de la que tuvo
y más dolor y en más diversas formas que jamás
a manos de quien le suceda.

MACDUFF

¿Y quién sería?

MALCOLM

Es de mí de quien hablo, pues conozco bien
todas las clases de vicio que arraigaron en mí
y que, una vez al descubierto, harían parecer
la negrura de Macbeth blanca como la nieve, y nuestro pobre Estado
como a cordero habría de estimarlo, al compararle
con mi maldad sin límites.

MACDUFF

Ni en todas las legiones del infierno

puede haber un demonio tan abominable
como Macbeth.

MALCOLM

Admito que es hombre sanguinario
y lujurioso, lleno de avaricia, falso, pérfido,
violento, malicioso, con el olor de todo tipo de pecado
que tenga nombre; pero no, no hay fondo
para mi propia voluptuosidad: vuestras esposas, hijas,
matronas y doncellas no podrían colmar
mi pozo de lujuria; y mi deseo
derribaría los muros de la moderación
si hicieran frente a mis pasiones. Mejor Macbeth,
que un rey así.

MACDUFF

El exceso sin límites
es una tiranía de la Naturaleza. Ha sido causa
del prematuro vacío de felices tronos
y del crepúsculo de muchos reyes. Pero no temáis
el coger lo que es vuestro. Vos podréis
ejercitar vuestros placeres con variedad y plenitud,
pero mostráros fríos, engañando así al mundo.
No faltan damas complacientes y no puede haber
en vos un buitre que devore tantas
como deseen entregarse ante vuestra grandeza,
al encontrarla así dispuesta.

MALCOLM

Hay también
en mi naturaleza malformada
tan insaciable avaricia, que si fuera rey
suprimiría a los nobles por tener sus tierras,
desearía las joyas de éste y la casa de aquél
y cuanto más tuviese serviría tan sólo de aderezo
para que mi apetito acrecentase, e inventaría así,
contra los buenos y leales, querellas nada justas
y los destruiría por su riqueza.

MACDUFF

Esta avaricia
penetra más al fondo, crece con las raíces más dañinas
que las de la lujuria, efímera como el estío, y espada fue
de nuestros reyes malheridos. Pero no temáis,
Escocia es abundante como para colmar vuestro deseo
con lo que por derecho os pertenece. Son vicios soportables
al compararlos con otras virtudes.

MALCOLM

Yo ninguna tengo.
Las virtudes que a todo rey adornan,
tales como justicia, templanza, veracidad, firmeza,
bondad, perseverancia, humildad y piedad,
paciencia, devoción, fortaleza, valor,
no las conozco en absoluto. Pero abundan en mí
todas las variedades posibles en el crimen,
cuando de formas varias lo ejecuto. Si tuviera poder
vertería en el infierno la dulce leche de la conciliación,
provocaría el caos en la paz del mundo, destruyendo
el equilibrio de la tierra.

MACDUFF

¡Escocia, Escocia!

MALCOLM

Si es digno de reinar un hombre así, decídmelo,
pues soy tal como he dicho.

MACDUFF

¿Digno de reinar?

No, ni tan siquiera de vivir. ¡Oh, nación miserable!
Con un tirano usurpador, de cetro ensangrentado.

¿Cuándo verás de nuevo días de plenitud,
pues el legítimo heredero de tu trono,
se pone el veto y a sí mismo se acusa
y así blasfema de su estirpe? Vuestro noble padre
era un santo monarca; la reina que os alumbró,
más sobre sus rodillas que sobre sus pies,
moría todos los días de su vida. Con Dios quedad.
Estos vicios que habéis referido sobre vos
me han desterrado a mí de Escocia. Pecho mío,
aquí termina tu esperanza.

MALCOLM

Macduff, esta pulcra pasión
nacida de la integridad, ha borrado en mi alma
los oscuros escrúpulos, reconciliando lo que yo pensaba
con tu verdad noble y con tu honor. El infernal Macbeth
ha buscado ganarme con artificios como éstos
a su poder, pero me prevenía la prudencia
contra credulidad precipitada. Que el Altísimo
entre tú y yo interceda porque en este instante
me pongo todo yo bajo tu protección
y me desdigo de las acusaciones que me hice; abjuro aquí
de las manchas y culpas que eché sobre mí mismo,
como extrañas a mi naturaleza. Todavía
no conozco mujer, ni cometí perjurio
y ni siquiera he codiciado lo que es mío.
Nunca he faltado a mi palabra y no traicionaría
ni siquiera al diablo con uno de los suyos; me deleita,
más que la vida, la verdad. Mi primera mentira dije
cuando hablé de mí mismo. Lo que soy, sin duda,
es alguien a tus órdenes y a las de mi afligida tierra;
y, en efecto, hacia allí, antes de que llegais,
el viejo Seyward con diez mil guerreros,
listos para la lucha, ha dispuesto la partida.
Ahora iremos juntos y que la buena suerte
sea tanta como justa es nuestra causa. ¿Por qué ahora calláis?

MACDUFF

Cosas tan agradables y a un tiempo tan desagradables
no me son fáciles de reconciliar.

Entra un doctor

MALCOLM

Bien, ya hablaremos.

Decidme, ¿viene el rey?

DOCTOR

Sí, mi señor. Hay una muchedumbre de infelices
que espera que él los cure. Sus males ya superan
el gran esfuerzo de la ciencia; pero un simple contacto,
tal es la santidad que a su mano dio el cielo,
los cura de inmediato.

MALCOLM

Doctor, os doy las gracias.

Sale

¿De qué enfermedad habla?

MALCOLM

El mal del rey la llaman:

la cura milagrosa de este rey bondadoso
que muchas veces, desde que estoy en Inglaterra,
le he visto practicar. Cómo hace intervenir al cielo,
sólo lo sabe él; pero a gentes con enfermedades muy extrañas,
llenos de úlceras e hinchados, que da pena mirar,
ya desahuciados por la ciencia, los ha curado él
colgando de sus cuellos una pieza de oro
en tanto reza una oración. Y se dice
que dejará en herencia a los que le sucedan en el trono
el poder santo de curar. Con esta insólita virtud
tiene además el don celeste de la profecía,
y su corona adornan otros méritos
que dicen que él está lleno de gracia.

Entra Ross

MACDUFF

Mirad allí, quién llega.

MALCOLM

Es un compatriota; y no lo reconozco.

MACDUFF

Noble primo y amigo, os damos la bienvenida.

MALCOLM

Sí.... ¡Buen Dios! ¡Aleja ya
las causas que nos hacen tan extraños!

ROSS

Así sea, señor.

MACDUFF

¿Sigue Escocia como antes?

ROSS

¡Pobre patria!

Casi siente temor cuando se reconoce. No se le puede
llamar madre sino nuestra tumba, donde nadie
sonríe excepto quienes nada saben;
donde suspiros y lamentos y gemidos que desgarran el aire
surgen sin que lo advierta nadie, donde el dolor violento
parece un éxtasis común. Suenan tañidos por un hombre muerto
y no pregunta nadie por quién es, y la vida de hombres honorables
se extingue antes que las flores en sus caperuzas
y mueren antes de enfermar.

MACDUFF

Un relato

tal vez elaborado en demasía, pero cierto.

MALCOLM

¿Cuál es la última desgracia ?

ROSS

La de hace una hora es ya tan vieja que a quien la cuenta se le silba,
pues que cada minuto trae una nueva.

MACDUFF

¿Cómo está mi mujer ?

ROSS

Bien, muy bien.

MACDUFF

¿Y mis hijos?

ROSS

Ellos lo están igual.

MACDUFF

¿El tirano no perturbó su paz?

ROSS

No; perfectamente estaban cuando los dejé.

MACDUFF

No seáis avaro de palabras y decidme, ¿qué ocurre?

ROSS

Cuando vine hasta aquí para traeros las noticias, que tan pesada carga han sido, corrían los rumores de que muchos hombres leales se habían rebelado y creo que de ese modo hubo de ser, pero llegué a ver en pie las huestes del tirano.

Ésta es la hora de ayudarnos. Vuestra sola presencia en Escocia crearía soldados, y a las mismas mujeres llevaría a la lucha para poder quitarse un sufrimiento atroz.

MALCOLM

Sea su consuelo

que nos encaminamos hacia allá. El noble rey de Inglaterra nos ofrece al buen Seyward junto a diez mil hombres; y un soldado mejor y más experto no podría encontrarse en toda la cristiandad.

ROSS

¡Ojalá yo pudiera

corresponder con un consuelo igual! Pero las más son palabras que habrían de rugir en el aire desértico como un aullido donde oído alguno escucharlas pudiese.

MACDUFF

Decid, ¿de qué se trata?

¿De lo que a todos nos afecta, o del dolor privado de un único individuo?

ROSS

No hay hombre honesto que no comparta este dolor; si bien la mayor parte sólo os concierne a vos.

MACDUFF

Si es mía

no la ocultéis. Pronto, quiero conocerla.

ROSS

Que tus oídos no maldigan para siempre mi lengua puesto que voy a herirlos con el sonido más horrible que jamás hayan escuchado.

MACDUFF

Creo adivinarlo.

ROSS

Tomaron el castillo por sorpresa, y a vuestros hijos y a vuestra mujer salvajemente asesinaron. Deciros la manera fuese como añadir sobre el montón de asesinados seres, a los que vos amabais, vuestra propia muerte.

MALCOLM

¡Oh, cielo misericordioso!

Amigo, nunca ocultéis el ceño en vuestra frente: cededle la palabra a la tristeza; el dolor que no habla susurra al ya repleto corazón, y le dice que estalle.

MACDUFF

¿A mis hijos también ?

ROSS

Y a vuestra mujer, y a los sirvientes y a todo el que encontraron.

¡Y yo estaba tan lejos!

¿Mi mujer, también muerta?

ROSS

Lo he dicho.

MALCOLM

Ten valor.

Sea nuestra venganza medicina
que alivie este mortal sufrimiento.

MACDUFF El no ha tenido hijos.

¿A todos mis amados pequeños? ¿A todos, eso has dicho ?

¡Buitre infernal! ¿A todos? ¿Mis pequeños polluelos,
y su madre también, con un solo zarpazo?

MALCOLM

Pelead como un hombre.

MACDUFF

Así lo haré.

Pero dejadme que también como un hombre lo sienta.

¿Cómo olvidar que eran criaturas que existían
y eran lo más amado para mí? ¿Y fue testigo el cielo
sin querer tomar parte? ¡Oh, Macduff, pecador!

Fueron asesinados todos por tu culpa. ¡Ay, infame de mí! No por sus faltas, sino por las mías,
sobre sus almas cayó el crimen. ¡Reposo el cielo les conceda ahora!

MALCOLM

Sea ésta la piedra donde se afile vuestra espada, y que el dolor
en ira se convierta; no apaguéis vuestro corazón, encendedlo de rabia.

MACDUFF

Podría, con mis lágrimas, actuar de mujer,
de bravucón con mis palabras. ¡Pero yo os pido, oh cielos,
que se acorte el momento; haced que cara a cara
pueda enfrentarme a ese demonio de Escocia;
ponedlo al alcance de mi espada y si se salva
que a él también los cielos le perdonen!

MALCOLM

Ése es tono de hombre.

Vayamos ante el rey. Nuestros ejércitos están ya preparados;

tan sólo falta iniciar la marcha. Macbeth

ya está maduro para su caída y tiene el cielo

dispuestas ya sus armas. Confortaos con lo que os pueda alegrar,

que no hay noche tan larga que no termine en día.

Salen

ACTO V

Escena primera. *Entran un doctor y una dama de compañía*

DOCTOR

Por dos noches he velado con vos y aún así no puedo confirmar la veracidad de vuestro relato. ¿Cuándo fue la última vez que de ese modo caminó?

DAMA

Desde que Su Majestad partió hacia el campo de batalla, la he visto levantarse del lecho, echar sobre sus hombros su ropa de noche, abrir el escritorio, tomar papel, plegarlo y escribir, leerlo, sellarlo después y regresar al lecho; y todo esto dentro del más profundo de los sueños.

DOCTOR

Grave perturbación de la naturaleza el recibir a un tiempo beneficio del sueño y actuar como el que está despierto. En esa somnolienta agitación, además de sus paseos y otros actos, ¿no la habéis oído, en algún momento, decir algo?

DAMA

Algo, señor, que no he de revelar.

DOCTOR

A mí podéis decírmelo, y es conveniente que lo hagáis.

DAMA

Ni a vos, ni a nadie, sin tener testigos para que confirmen mis palabras.

Entra Lady Macbeth, con una vela

¡Miradla! ¡Ahí viene! Esa es su apariencia usual; y por vida mía, que está profundamente dormida. Observadla, acercaos.

DOCTOR

Y esa luz que lleva, ¿de dónde la tomó?

DAMA

La tenía a su lado. Siempre hay una luz a su lado; así lo ordenó ella.

DOCTOR

Mirad, tiene abiertos los ojos.

DAMA

Sí, pero cerrados a las sensaciones.

DOCTOR

¿Qué hace ahora? Mirad, se restriega las manos.

DAMA

Es un gesto usual en ella hacer como si se lavara las manos. Así la he visto, sin dejar de hacerlo, durante un cuarto de hora.

LADY MACBETH

Aún queda aquí una mancha.

DOCTOR

¡Silencio! Habla. Escribiré lo que su boca diga para mejor fijarlo en la memoria.

LADY MACBETH

¡Fuera, mancha maldita! ¡Fuera, te digo! ... Una, dos, y bien, ya es hora de hacerlo... el infierno es sombrío... ¡Vergüenza, mi señor, vergüenza! ¿Un soldado con miedo?... ¿Por qué temer que se sepa cuando nadie puede pedir al poder que ostentamos que rinda cuentas?... ¿Quién hubiera pensado que el viejo tuviese tanta sangre?

DOCTOR

¿Habéis oído eso?

LADY MACBETH

El Señor de Fife tenía una esposa. ¿Dónde está ahora?... ¿Nunca estarán limpias estas manos?... Basta, mi señor, ya no más: lo echáis todo a perder con esos sobresaltos.

DOCTOR

Bien, muy bien. Ahora sabéis lo que no debíais saber.

DAMA

Ella ha dicho lo que no debía, estoy segura. Sólo el cielo sabrá lo que ella sabe.

LADY MACBETH

Aún queda olor a sangre. Ni todos los perfumes de Arabia endulzarían esta pequeña mano. ¡Oh, oh, oh!

DOCTOR

¡Cómo suspira! Su corazón ya no soporta el dolor.

DAMA

No quisiera tener en mi pecho un corazón así, por mantener digno todo mi cuerpo.

DOCTOR

¡Bien, bien, bien!

DAMA

Dios haga que todo esté bien, señor.

DOCTOR

Esta enfermedad está más allá de mi ciencia; aunque he conocido a muchos que han caminado en sueños y han muerto santamente en sus lechos.

LADY MACBETH

Lavaos las manos; poneos la ropa de dormir, no estéis tan pálido. Os lo diré de nuevo, Banquo está enterrado; no puede salir de su tumba.

DOCTOR

¿Eso también?

LADY MACBETH

¡Al lecho, al lecho! Lllaman a la puerta. Vamos, vamos, venid, venid, dadme la mano. Lo que está hecho no puede deshacerse. ¡Al lecho, al lecho, al lecho!

Salen Lady Macbeth

DOCTOR

¿Se irá a su lecho ahora?

DAMA

De inmediato.

DOCTOR

Circulan horribles murmuraciones, los actos contra la naturaleza engendran disturbios contra la naturaleza; y las mentes infectas confiarán a sus sordas almohadas sus secretos.

Más que una medicina, ella precisa lo divino.

¡Dios, Dios, perdónanos a todos! Cuidad de ella, apartad de ella todo lo que pueda hacerle daño, no dejéis de observarla... Y, ahora, buenas noches.

Ha turbado mi mente y asombrado mis ojos.

Pienso, mas no me atrevo a hablar.

DAMA

Buenas noches, noble doctor.

Salen

Escena segunda. *Tambores y estandartes*

Entran Menteth, Cathness, Angus, Lennox y soldados

MENTETH

El ejército inglés está cerca, conducido por Malcolm, Seyward su tío, y el noble Macduff.

En ellos arde la venganza; pues los males sufridos, a la sangre y al clamor de la guerra, incitarían a los muertos.

ANGUS

Cerca del bosque de Birnam los encontraremos; van por ese camino.

CATHNESS

¿Quién sabe si Donalbain está junto a su hermano?

LENNOX

No lo está, mi señor. Tengo la lista de todos los nobles: y entre ellos está el hijo de Seyward, y muchos jóvenes imberbes que ahora ofrecen sus primeras muestras de virilidad.

MENTETH

¿Y qué hace el tirano?

CATHNESS

Fortifica con solidez el castillo de Dunsinane. Algunos dicen que está loco; otros, que le odian menos, lo llaman furia valerosa; pero es cierto que no puede ceñir su desesperada causa con el cinturón de la ley.

ANGUS

Ahora siente

que sus secretos crímenes se aferran a sus manos; ahora, continuas rebeliones le reprochan su deslealtad; los que están bajo su mando sólo se mueven por sus órdenes, y nunca por amor. Siente sus títulos ahora pesarle como el manto de un gigante sobre un ladrón enano.

MENTETH

¿Quién podrá, entonces, censurar a sus atormentados sentidos el que retrocedan o se sobresalten, cuando todo lo que está dentro de él se condena a sí mismo y sólo por estarlo?

CATHNESS

Bien, marchémonos pues,
a mostrar obediencia donde se debe de verdad.
Vayamos al encuentro de la medicina de este enfermo Estado
y vertamos en ella, para curar a nuestra patria,
hasta la última gota.

LENNOX

O todo cuanto sea necesario
para regar la flor de la soberanía y ahogar la cizaña.
Ahora, en marcha hacia Birnam.
Salen, en formación

Escena tercera. *Entran Macbeth, doctor y sirvientes*

MACBETH

No me traigáis más noticias; que huyan todos.
Mientras el bosque de Birnam no avance en dirección a Dunsinane,
el miedo no ha de delatarme. ¿Quién es el joven Malcolm ?
¿No nació, acaso, de mujer? Espíritus que saben
el destino que aguarda a los mortales, así lo predijeron:
No tengas miedo, Macbeth; ningún hombre nacido de mujer
nunca, sobre ti, tendrá poder. Huid, pues, falsos Señores
y mezclaos a esos ingleses remilgados.
Me guía el pensamiento y el corazón que llevo
nunca, ante la duda, se doblegará, ni temblará de miedo.

Entra un sirviente

¡Que el diablo te tiña de negro, necio de cara lívida!
¿De dónde has sacado esa cara de ganso?

SIRVIENTE

Son diez mil...

MACBETH

¿Gansos, villano?

SIRVIENTE

No, mi señor; soldados.

MACBETH

Ve y pellizca tu cara y que se cubra tu temor de rojo,
baboso de hígados blancuzcos. ¿Qué soldados, necio?
¡Que la maldición caiga sobre tu alma! Tus pálidas mejillas
son consejeras del temor. ¿Qué soldados, rostro cadavérico ?

SIRVIENTE

Las huestes de Inglaterra, con vuestro permiso.

MACBETH

Quítate de mi vista.

Sale el sirviente

¡Seyton!... Me duele el corazón,
cuando observo... ¡Seyton, he dicho! ... Este golpe
me dará la alegría para siempre o en un instante me destronará .
Ya he vivido más de lo suficiente: el sendero de mi vida
declina hacia su atardecer, hoja que amarillea.
Y todo lo que debería acompañar a la vejez,
como honor, obediencia, amor y multitud de amigos,
no debo pretenderlo; en su lugar
maldiciones ahogadas pero muy profundas, servil adulación, palabras
que el pobre corazón quiere negar sin atreverse.

¡Seyton!

Entra Seyton

SEYTON

¿Qué deseáis, Majestad?

MACBETH

¿Qué más sabéis?

SEYTON

Se confirma, señor, todo lo que se os dijo.

MACBETH

Lucharé hasta que arranquen la carne de mis huesos.

Dadme mi armadura.

SEYTON

Aún no es necesaria.

MACBETH

He de ponérmela.

Enviad más caballos, que recorran la comarca

y colgad a quien hable de temor. Dadme mi armadura...

Doctor, ¿cómo está vuestra paciente?

DOCTOR

No tan enferma, mi señor,

como atormentada por fantasías incesantes

que no le permiten descansar.

MACBETH

¡Curadla!

¿Acaso no podéis curar un espíritu enfermo,

arrancar de su memoria un dolor arraigado,

borrar el pesar escrito en su cerebro,

y con algún dulce antídoto que permita olvidar,

liberar su agobiado pecho de todo el veneno

que le oprime el corazón?

DOCTOR

En tales casos, el paciente

debe encontrar remedio propio.

MACBETH

En ese caso, ¡arroja tu medicina a los perros! No la necesito . . .

Vamos, ponedme la armadura; dadme el bastón de mando. . .

Seyton, que partan... Doctor, todos los nobles me abandonan...

Vamos, señor, daos prisa... Si pudieras, doctor, analizar

la orina de mi tierra, descubrir su dolencia,

y devolverle su buena salud de antaño con alguna purga,

te aplaudiría hasta que el mismo eco

te devolviera los aplausos... ¡Fuera!, os digo...

¿Qué hierba o qué ruiubarbo, o qué droga purgante echaría

de aquí a esos ingleses? ¿O es que acaso no has oído nada?

DOCTOR

Sí, señor, vuestros preparativos regios

hacen que algo adivinemos.

MACBETH

Seguidme, traed eso.

No he de temer la muerte ni la ruina

hasta que el bosque de Birnam se acerque a Dunsinane.

DOCTOR

Aparte

Si lejos estuviera de Dunsinane, y a salvo,

nada me obligaría a regresar de nuevo.

Salen

Escena cuarta. *Tambores y estandartes*

Entran Malcolm, Seyward, Macduff, el hijo de Seyward, Menteth, Cathness, Angus y soldados en formación

MALCOLM

Amigos míos, espero que esté cercano el día

en que sean seguros nuestros hogares.

MENTETH

No lo dudamos.

SEYWARD

¿Qué bosque hay ante nosotros?

MENTETH

Es el bosque de Birnam.

MALCOLM

Que cada soldado corte una rama
y la lleve en la mano; ocultaremos de ese modo
el número de nuestras tropas; y que los espías al
informar sobre nosotros se equivoquen.

SOLDADO

Así haremos.

SEYWARD

Sólo sabemos que el tirano, confiado,
aún permanece en Dunsinane y allí resistirá
nuestro asedio.

MALCOLM

Es su gran esperanza,
pues allí donde es propicia la ocasión,
grandes y pequeños contra él se rebelan,
y ya nadie le sirve salvo los que se sienten obligados
y cuyos corazones están lejos también.

MACDUFF

Que el juicio ponderado
resulte de los hechos; y, mientras tanto, armémonos
con todo el valor propio de un soldado.

SEYWARD

Se aproxima la hora
que nos ha de enseñar, con precisión inequívoca,
qué cosas son las que tenemos, y qué lo que debemos.
Los pensamientos y su especulación nos conducen a esperanzas inciertas.
Sólo los golpes verdaderamente deciden el final;
hacia allí la guerra se encamina.
Salen, en formación

Escena quinta. *Entran Macbeth, Seyton y soldados, con tambores y estandartes*

MACBETH

Colgad los estandartes en los muros de afuera.
Siempre los mismos gritos: Ahí vienen. La fuerza de nuestro castillo
podrá burlar su asedio. Que se queden ahí
hasta que la fiebre y el hambre los consuman.
Si quienes deberían estar a nuestro lado no les hubieran asistido
habríamos salido hasta encontrarlos, cara a cara, con valor,
y, ya vencidos, obligarles a retroceder.

Gritos de mujeres dentro

¿Qué es ese ruido?

SEYTON

Son gritos de mujer, noble señor.

Sale

MACBETH

Ya casi he olvidado el sabor del miedo.
Hubo un tiempo en que hubiera congelado mis sentidos
oír gritos nocturnos, y todos mis cabellos
se habrían erizado con cualquier historia de terror
como si vivos estuviesen. Ya estoy saciado por atrocidades.
El horror, tan familiar para mis criminales pensamientos,
ya no me sobresalta.

Entra Seyton

¿A qué esos gritos?

SEYTON

La reina ha muerto, mi señor.

MACBETH

Un día u otro había de morir.

Hubiese habido un tiempo para tales palabras...

El día de mañana, y de mañana, y de mañana

se desliza, paso a paso, día a día,

hasta la sílaba final con que el tiempo se escribe.

Y todo nuestro ayer iluminó a los necios

la senda de cenizas de la muerte. ¡Extínguete, fugaz antorcha!

La vida es una sombra tan sólo, que transcurre; un pobre actor

que, orgulloso, consume su turno sobre el escenario

para jamás volver a ser oído. Es una historia

contada por un necio, llena de ruido y furia,

que nada significa.

Entra un mensajero

Viniste a usar tu lengua. ¡Pronto, cuenta!

MENSAJERO

Mi muy noble señor,

debería informaros de lo que puedo afirmar que vi,

no obstante ignoro cómo hacerlo.

MACBETH

Y bien, háblame, sire.

MENSAJERO

Mientras hacía mi guardia en la colina

dirigí mis ojos hacia Birnam y pareció de pronto

que el bosque comenzaba a moverse.

MACBETH

¡Mientes, miserable!

MENSAJERO

Sufra mi carne vuestra ira si no es cierto.

Puede verse cómo avanza a unas tres millas de distancia.

Afirmo que es un bosque que se mueve.

MACBETH

Si me mientes

del árbol más cercano he de colgarte

hasta que el hambre te consuma. Si es cierto lo que dices

poco me importa que otro tanto hagas conmigo.

Ya vacila mi ánimo, y comienzo

a dudar del demonio y sus equívocos,

pues miente cuando dice la verdad: no has de temer hasta que Birnam

no venga a Dunsinane... y ahora un bosque

se acerca a Dunsinane. ¡Adelante! ¡A las armas!

Si todo ocurre como afirma, tanto importa

darse a la fuga como permanecer.

Comienzo a estar cansado ya del sol.

Quisiera ver destruido el orden de este mundo...

¡Que suene la campana!... ¡Vientos, soplad! ¡Ven, destrucción, ven!

Moriremos, al menos, vestidos de armadura.

Salen

Escena sexta. *Tambores y estandartes*

Entran Malcolm, Seyward, Macduff, y su ejército, con ramas de árbol

MALCOLM

Ya estamos cerca. Quitaos esas ramas que os ocultan

y mostraos como sois de verdad. Vos, noble tío,

junto a mi primo, vuestro valeroso hijo, habéis de dirigir nuestra primera lucha. Nos y el valiente Macduff habremos de ocuparnos del resto siguiendo nuestros planes.

SEYWARD

Id con Dios.

Marchemos esta noche para encontrar las huestes del tirano, y que sobre nosotros caiga su victoria si no luchamos con valor.

MACDUFF

Que suenen todas las trompetas; dad todo vuestro aliento a esos clamorosos mensajeros de la sangre y la muerte.

Salen

Continúa el sonido de las trompas

Escena séptima. Entra Macbeth

MACBETH

Estoy atado a un potro y no puedo escapar, pero me enfrentaré al embite como un oso. ¿Dónde está ese que no ha nacido de mujer? A él y sólo a él he de temer, y a nadie más.

Entra el joven Seyward

JOVEN SEYWARD

¿Cómo os llamáis?

MACBETH

Escuchar mi nombre os horrorizaría.

JOVEN SEYWARD

No, aunque vuestro nombre fuese más abrasador que ningún otro en el infierno.

MACBETH

Yo me llamo Macbeth.

JOVEN SEYWARD

Ni el mismo demonio habría podido pronunciar un nombre que fuese tan odioso a mis oídos.

MACBETH

No, ni tan terrible.

JOVEN SEYWARD

¡Mientes, tirano aborrecible! Con mi espada habré de demostrarte que es falso lo que dices.

Luchan; el joven Seyward cae herido de muerte

MACBETH

Naciste de mujer.

Y yo me burlo de las espadas y hago desprecio de las armas que blande el que ha nacido de mujer.

Sale

Trompas. Entra Macduff

MACDUFF

El rumor llega desde allí. ¡Muestra tu faz, tirano!

Si caes herido y no es por golpes de mi espada, los fantasmas de mis hijos y de mi mujer por siempre me perseguirán.

No puedo golpear a un miserable mercenario cuyos brazos reciben paga por llevar un arma; o es contra ti, Macbeth, o esta espada mía, con el filo intacto, sin tocarla retornará a su funda. Has de estar por ahí;

por ese gran estrépito alguien muy importante parece que se anuncia. ¡Permitid, hados, que lo encuentre, pues nada más os pido!

Sale

Sonido de trompas. Entran Malcolm y Seyward

SEYWARD

Por aquí, señor. El castillo se rindió sin resistencia:
los hombres del tirano luchan en ambas partes
y, valientes, los nobles caballeros luchan en la batalla.
La jornada se anuncia como vuestra
y es poco lo que queda por hacer.

MALCOLM

Hallamos enemigos
luchando a nuestro lado.

SEYWARD

Entrad en el castillo, mi señor.

Salen

Sonido de trompas. Entra Macbeth

MACBETH

¿Por qué tendría que actuar como un necio romano y perecer
sobre mi propia espada? Mientras vea hombres vivos
mejor que sufran ellos las heridas.

Entra Macduff

MACDUFF

¡Vuélvete, perro del infierno!

MACBETH

Tú eres, entre los hombres, el que más evité.
Apártate de mí, que no soporto
sobre mi alma más sangre de los tuyos.

MACDUFF

Sobran palabras;
mi espada es mi palabra; tú, maldito, tú, más sanguinario
de lo que palabras puedan expresar.

Luchan. Sonido de trompas

MACBETH

No malgastes tus fuerzas.
Más fácil te sería herir al viento invulnerable
con tu acero afilado que hacer que yo sangrase.
Que tu espada caiga sobre frentes más débiles;
mi vida está bajo un hechizo que no cederá ante
un nacido de mujer.

MACDUFF

No fíes del hechizo,
y deja que el demonio a quien aún sirves
te diga que del vientre de su madre
fue arrancado Macduff antes de tiempo.

MACBETH

¡Maldita sea la lengua que me habla así,
y que de esa manera abate lo mejor de mi ser!
Nadie crea de nuevo en los demonios impostores
que con dobles sentidos se burlan de nosotros,
manteniendo promesas que al oído susurran,
y no cumpliendo nuestras esperanzas. No lucharé contigo.

MACDUFF

Cede, entonces, cobarde y vive para ser
espectáculo y espanto de las gentes.
Habremos de pintarte, como hacemos con los monstruos extraños,
y en lo alto de un poste te pondremos; debajo habremos de escribir:
¡Aquí podéis ver al tirano!

MACBETH

No me rendiré
para besar la tierra que ha de pisar el joven Malcolm
y para que las maldiciones de la chusma puedan humillarme.

Aunque el bosque de Birnam haya venido a Dunsinane
y estés tú frente a mí, tú, que no has nacido de mujer,
lucharé hasta el final. Delante de mí, arrojo
mi escudo de guerrero. ¡Ponte en guardia, Macduff,
y que la maldición caiga sobre el primero que diga basta!

Salen luchando. Sonido de trompas

Vuelven a entrar luchando; Macbeth cae herido de muerte

Retirada. Sonido de trompas

Entran, con tambores y estandartes, Malcolm, Seyward, Ross, caballeros y soldados

MALCOLM

Ojalá volvieran, sanos y a salvo, los amigos que faltan.

SEYWARD

Algunos ya han partido de la escena, pero por los que veo,
muy bajo ha sido el precio por tan glorioso día.

MALCOLM

Falta Macduff y vuestro noble hijo.

ROSS

Vuestro hijo, señor, ha pagado su deuda en la batalla.

Sólo vivió lo suficiente para hacerse un hombre;

apenas su valor así lo había confirmado,

en el puesto donde luchaba sin retroceder,

cuando murió como los hombres mueren.

SEYWARD

¿Qué decís, está muerto ?

ROSS

Sí, y conducido fuera del campo de batalla. Si vuestro dolor
hubiese de medirse de acuerdo con su valentía
nunca tuviera fin.

SEYWARD

¿Le mataron de frente?

ROSS

Así fue, cara a cara.

SEYWARD

¡Que sea, pues, ahora, un soldado de Dios!

Si abundante fuera yo en hijos como abundante es mi cabellera
no les desearía muerte más hermosa.

Ha sonado su hora de morir.

MALCOLM

Más lágrimas merece.

Yo las derramaré por él.

SEYWARD

Son suficientes.

Si ha muerto, como dicen, dignamente y pagó su tributo,
que Dios sea con él... Una nueva razón de júbilo aquí llega.

Entra Macduff con la cabeza de Macbeth

MACDUFF

Salve, rey, pues tal eres. Mira dónde se alza

la infame cabeza del usurpador. El mundo es libre.

Te veo rodeado por los mejores de tu reino;

deseo que mi saludo digan en su interior

y que junto a mí repitan en voz alta:

¡Salve a ti, rey de Escocia!

TODOS

¡Salve a ti, rey de Escocia!

Sonido de trompas

MALCOLM

No dejaremos que pasen muchos días

sin hacerle justicia al amor que nos profesáis

ofreciéndole así la evidencia del nuestro. Caballeros, amigos, por este acto os nombro condes, los primeros que en Escocia alcanzan ese honor. Y aún hay más por hacer que deberá llevarse a cabo según la nueva circunstancia, como llamar de nuevo a sus hogares a los amigos exilados que huyeron de las redes de la insidia y de la tiranía; y hacer que comparezcan los crueles ministros de este verdugo muerto y su reina infernal, que, al parecer, con la propia violencia de sus manos se arrancó la vida... Todo esto y cuanto sea necesario y de nuestra incumbencia, por la gloria de Dios hemos de ejecutar en modo, tiempo y lugar precisos. Os damos las gracias a todos y cada uno de vosotros, y a Scone os invitamos para la ceremonia de la coronación.

Sonido de trompas

Salen todos